

CRISTIANDAD

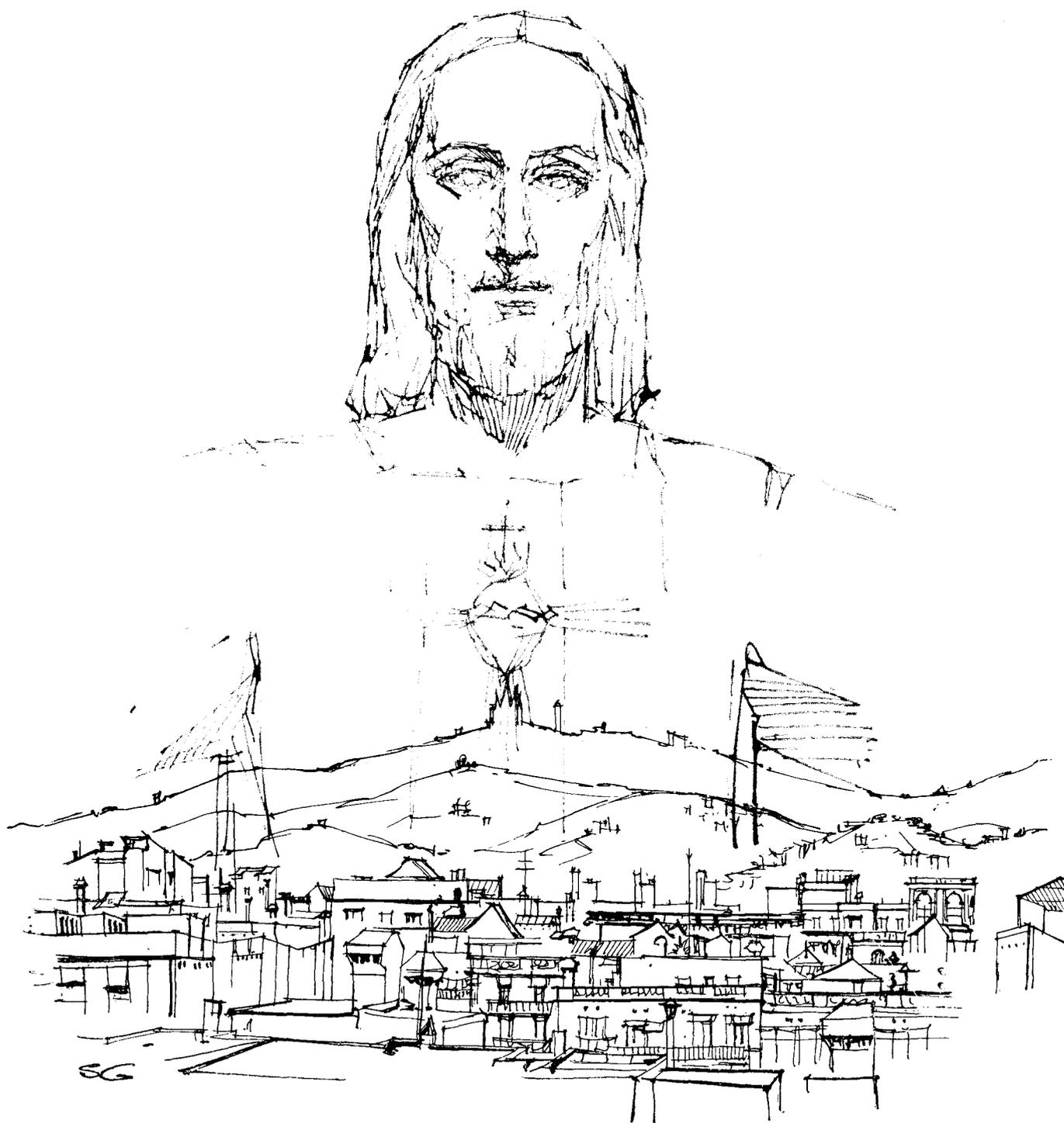
Año XVIII - Núm. 368

BARCELONA

OCTUBRE 1961

AL REINO DE CRISTO POR LOS CORAZONES DE JESUS Y MARIA

Depósito legal: B. 15860 - 1958



CRISTIANDAD, nacida al calor de «Schola Cordis Iesu», que fundó el inolvidable P. Ramón Orlandis, S. I., se hizo vocero de las enseñanzas de tan ilustre maestro y dedica todos sus esfuerzos y anhelos al ideal del P. Orlandis, expresado en el lema de la revista: «Al reino de Cristo por los Corazones de Jesús y María».

Como Director Diocesano del Apostolado de la Oración me complazco en hacer público que CRISTIANDAD y sus colaboradores han interpretado fielmente dichas enseñanzas, inspiradas en la obra y doctrina del P. Enrique Ramière, S. I., y respaldadas por los documentos pontificios que las autorizan, profusamente recogidos en sus páginas.

MONS. DR. CIPRIANO MONTSERRAT
Canónigo Penitenciario
Director Diocesano del Apostolado de la Oración

Barcelona, 7 de octubre de 1961.

RAZON DE ESTE NUMERO

1961. Coincidencia de dos aniversarios:

Por un lado 75 aniversario de la intuición sobrenatural de Dom Bosco, que habiendo recibido el encargo de S. S. Pío IX para que levantase un templo al Sagrado Corazón en Roma, fue llevado por la Providencia a cimentar, además, el que ahora se inaugura en el Tibidabo.

Por el otro, cumplen ahora los cien años la publicación en Francia de las obras del P. Enrique Ramière, S. I.: “El Apostolado de la Oración” y “Las Esperanzas de la Iglesia”, que cristalizaron una magnífica iniciativa al transformarla en uno de los movimientos de más arraigo y empuje de la Iglesia universal contemporánea.

Pues bien, CRISTIANDAD, que desde su primer número hace 17 años, se aplica a fomentar este mismo ideal desarrollándolo según las directivas del que fue su inspirador P. Ramón Orlandis, S. I., en el doble aniversario saluda gozoso al Congreso Internacional sobre el “Culto y devoción al Sagrado Corazón de Jesús”, que se celebra este mes en nuestro Tibidabo, y le ofrece como sencillo aporte, intercalados en este número, un compendio de varios artículos aparecidos en el transcurso de su publicación, reflejo de la continua inquietud nuestra por estos temas.

Al mismo tiempo formulamos nuestros más sinceros votos para que el nuevo templo procure, con la expiación a que está dedicado, atraer la misericordia divina sobre nuestra ciudad y patria, así como sobre toda la Iglesia Universal en sus grandes intenciones, que hoy día podríamos resumir en:

CONCILIO - IGLESIA DEL SILENCIO - MISIONES - PAZ

PERENNIDAD DEL TIBIDABO

Fue seguramente a comienzos de siglo. Quizá entre los años 15 y 25, quizá antes. Un poeta sudamericano, Jorge Carrera Andrade — autor de poemas ágiles llenos de moderna vivacidad — visitó Barcelona, subió a la cumbre del Tibidabo, y dejó escueto en dos versos su recueta:

*Sube el Tibidabo al cielo
al son del funicular.*

Desde entonces acá, muchas cosas han cambiado. En Barcelona, en el llano invadido por la inmensa urbe “con chimeneas de hierro y sardanas de cristal”, según el mismo poeta. Han cambiado las cosas en el llano, y en la montaña. Una nueva vida, un rejuvenecimiento parece haber invadido la cumbre del Tibidabo, más dinámica, más jovial, más bullanguera. Pero la montaña, la cima inmensa en un abrazo de luz, continúa ascendiendo, trepando, alcanzando el cielo, no “al son del funicular”, que esto no pasa del juego fácil de una metáfora, sino con un ímpetu profundo, espiritual, místico, lleno de esperanza, lleno de unción.

Nada más oportuno para el hombre moderno — pese a los reparos de los que se creen más actuales — que el culto, la devoción y la esperanza que nos brinda hoy la montaña del Tibidabo — con la soberbia imagen del Sagrado Corazón de Jesús — dominando el llano, dominando el Mediterráneo, subiendo al cielo, remontándose desde Barcelona, desde España, desde la tierra y desde el mar.

Esta montaña, según una tradición, sería aquel monte de la tentación evangélica. “Si me adoras — ofrece a Jesús el tentador — te daré toda esta extensión, todas estas tierras...” Se ha observado, en efecto, que la vista panorámica desde la cima de la montaña barcelonesa, tiene como ninguna otra la sensación de plenitud.

Hemos subido, trepado, escalado, las cimas de altas y formidables montañas pirenaicas. Nos hallábamos en un mar desesperado de crestas y castillos que compiten por alcanzar la altura más sublime. Pero su misma potencia, su misma grandeza, cierran con un telón de peñas y de cumbres, el horizonte dilatado. El espacio queda merchado, empequeñecido por la misma confusión producida por tan frondosa majestad. Sin embargo, aquí, desde la cima del Tibidabo, contemplamos la llanura, la montaña, el mar... Se abren todos los caminos de la tierra.

Y decía ahora mismo que la esperanza del Tibidabo puede colmar el corazón del hombre de hoy. El hombre actual, devorado por la prisa de vivir la vida precipitada-

mente, llevando en las manos un deseo de poseer y dominar más, que a la larga la quema, le destruye, y le insatisface, siente a menudo el deseo ascético, el impulso de liberarse del halago y del poder que se ha convertido en su tormento.

Ha poseído la tierra. Posee el mar. Ha emprendido el dominio del espacio. El tentador le ha concedido la llave y la posesión de su reino. El es el virrey de los dominios del príncipe de este mundo. Y, sin embargo, la angustia de lo que no puede colmar su corazón, porque es exiguo para él y le sofoca; y, no obstante, la intranquilidad que nace de una victoria que reclama otra victoria apresurada, que le vaya a la zaga; y la doctrina y la práctica del éxito como única explicación de la vida, le hacen cavi- lar, meditar, pensar que ha de haber en algún punto una meta de paz, un sitio de sosiego, una ocasión de plenitud y de reposo.

El Sagrado Corazón de Jesús, un amor incomprendido, despreciado, la luz de la caridad, la esperanza de los bienes más altos que no cansan nunca, porque son eternos, tientan también, con un impulso bueno esta vez, un impulso que baja de la esfera de la luz, al hombre moderno, oprimido y machacado por su propio éxito, por su mismo esplendor y su esmirriada exuberancia.

Hemos ido elevando el templo con nuestras alegrías... Sí, con la alegría repetida, reiterada de renunciar a goces materiales que se compran con dinero... Al hombre aquello que puede colmarle el corazón no es la posesión, que hastía y llega a cansar, sino la simplicidad, parquedad, el sacrificio.

Profetizado por San Juan Bosco, promovido a Templo de expiación, por el Congreso Eucarístico Internacional de Madrid, victorioso de los percances y de los riesgos, elevándose sobre la cima con donativos — grandes, pequeños — de los españoles, este templo majestuoso coronado por la imagen del Sagrado Corazón, es el triunfo de la esperanza, del amor, de la luz, sobre la ceguedad, la angustia, la codicia y el malestar insoportables, tristes frutos del precipitado y agónico materialismo de nuestra época.

Sí, como decía el poeta, “sube el Tibidabo al cielo”, continúa subiendo él y subiéndonos a todos, pero no sólo gozosa, simple y físicamente, al son del funicular, del nuevo funicular, sino espiritualmente, arrancándonos, liberándonos, desgajándonos de la trampa engañosa de una civilización que amenaza ser víctima de la propia opulencia de su triunfo, de su esplendor y de su vitalidad.

F. S.

LA COLINA DE LOS MARTIRES

¡Quién no ha divisado, estando en París, la clásica mole blanca del templo de Montmartre! En la parte más elevada de un colina, quizá la colina más prominente de París, en general llano, destaca su blancura ese templo, que es templo de expiación.

La colina se llama Montmartre, que quiere decir Monte de los Mártires, con las corrupciones naturales que el tiempo impone en los hombres. En esa colina hubo quien dio su sangre por la fe de Cristo, quien la santificó con esa sangre generosa y purificadora.

Mas luego la colina devino sede por antonomasia de la vida alegre y licenciosa, de forma que el nombre de Montmartre quedó asociado a esa clase de vida ligera y pecaminosa.

Había que purificar de nuevo esa tierra antes santificada, y se erigió el templo expiatorio, donde continuamente ante el Santísimo expuesto se hacen velas, y se ora y se ruega, y se pide piedad y se procura reparar todas las ofensas que allí y fuera de allí se hacen.

El Tibidabo nuevo Montmartre

La colina que domina la ciudad de Barcelona fue regada por sangre de mártires. Pronto se olvidan estos hechos, pero son realidad reciente, recentísima; apenas hace veinticinco años.

La carretera que conduce a la cumbre del Tibidabo se llama Rabassada. Este nombre ya significa algo. ¡Qué de siniestros recuerdos nos trae! Los “paseos” de la Rabassada; el martirio de quienes sin más delito que el de ser católicos eran extraídos cada día de las cárceles para llevarles por esa carretera y acabar con el tiro en la nuca y su cuerpo inerte en la cuneta.

Barcelona nuevo Montmartre

Se les levantó a esos mártires un pequeño monumento y poco menos que se les olvidó.

La angustia del dominio rojo se había superado; la paz había vuelto a las casas y a las calles. Y la ciudad se corrompió. Y la conciencia de pecado se fue borrando cada vez más. En lo económico, amparándose en situaciones económicas ficticias y a consecuencia de leyes antinaturales, surgió el llamado “estraperlo”, especie de patente de corso que permitió enriquecerse, expoliar, explotar y ganar sin tasa ni límite. La moral de la ganancia lícita y ordenada fue barrida y se impuso la riqueza por la riqueza.

Y la riqueza desmesurada y mal ganada, trajo el vi-

cio y la corrupción. Y la moral de las costumbres fue menguando y la inmoralidad fue creciendo.

Edifiquemos la casa de Yavé

“Levantáronse entonces los jefes de las familias de Judá y Benjamín, los sacerdotes y levitas, y todos aquellos cuyo espíritu despertó Dios, para subir a edificar la casa de Yavé...” (Esdras, I-VI, 18).

Dios quería ser honrado, y reparado en esa colina barcelonesa; y despertó en algunos su espíritu; y la casa de Yavé fue creciendo en la colina, hasta hacerse visible, primero, prominente luego y en conjunto digna y habitable por el Supremo Morador.

Y la casa de Yavé será templo para la expiación.

Templo expiatorio

Expiatio, del latín *expiare*, como es sabido significa purificar, equivaliendo a calmar o reparar.

Así clamaba David: “He pecado gravemente. Ahora, ¡oh Yavé!, perdona, te ruego, la iniquidad de tu siervo, pues he obrado como un insensato” (II Samuel, XXIV).

Ya entre los hebreos existía el día de *kippur*, día de la expiación, o sacrificio de la expiación. Ese día es pre-nuncio y símbolo de la expiación de Jesús, profetizada por Isaías (LIII), traspasado por nuestras iniquidades y llevado como oveja al matadero.

Barcelona ha pecado, y debe expiar. Debe clamar: “he pecado gravemente, ¡oh Yavé!, perdona mi iniquidad, pues he obrado como un insensato”.

La oración del fariseo

España es católica, gracias a Dios. Barcelona es católica, gracias a Dios. Y sus templos se ven concurridos y las fiestas de precepto se lleva el cuerpo a la Iglesia por espacio de media hora.

Barcelona debe expiar, debe purificar, pero sin fariseísmos.

Por todos se ha de rogar y por todos se debe expiar, pero sin excluirnos en lo segundo.

No digamos: ¡Oh Señor!, yo que voy a Misa los domingos, que doy alguna peseta de limosna y que no mato a nadie, te ruego por los malos, por los pervertidos que no van a Misa, por los que quebrantan tus Mandamientos.

En el Templo Nacional Expiatorio del Tibidabo, dedicado al Sagrado Corazón, todos los españoles tenemos nuestro Montmartre. Todos tenemos culpa y todos debemos acudir a cumplir expiación.

LA REVELACION DEL SAGRADO CORAZON DE JESUS

Situación mundial en la segunda mitad del siglo XVII

Decía Napoleón que, de haber vivido en tiempos de Luis XIV, no habría sido más que un mariscal como Turena.

Significa esto que los grandes acontecimientos históricos se producen cuando encuentran un marco, unas circunstancias apropiadas. Los ejemplos se podrían multiplicar hasta lo infinito.

Las revelaciones del Sagrado Corazón a Santa Margarita María son uno de los acontecimientos más importantes de la historia universal. No estará de más observar el ambiente mundial en la época en que se producen.

Estas revelaciones tienen lugar, principalmente, entre 1672 y 1688. Estamos, por tanto, en la segunda mitad del siglo XVII.

En el año 1648 se había firmado la paz de Westfalia, que ponía fin a la guerra de los Treinta Años. Esta guerra fue la última guerra de religión; fue la guerra europea de religión. La lucha entre el Catolicismo y el Protestantismo, que tantas veces había dado lugar a choques de las fuerzas armadas, alcanza en esta guerra su punto culminante y extiende la contienda por toda Europa.

Ciertamente, fue una guerra de religión y en ella los campos permanecieron, casi siempre, bien deslindados. Pero no es menos cierto que consideraciones políticas jugaron en ella un papel importante y, a veces, decisivo, especialmente las que determinaron su resultado final.

Los protestantes, que parecían definitivamente derrotados después de la batalla de Weisenberg o de la Montaña Blanca, y luego de la derrota de Dinamarca, se rehacen por la intervención de Suecia, que, acaudillada por el genial Gustavo Adolfo, llega a poner en grave peligro la causa católica. Pero Gustavo Adolfo, aunque vencedor, muere en la batalla de Lützen, y de nuevo los protestantes parecen hundidos en la batalla de Nordlinga, donde triunfaron juntos españoles e imperiales. Entonces es cuando Francia, la hija primogénita de la Iglesia, dirigida por el Cardenal Richelieu, entra decididamente en el palenque al lado de los protestantes.

Aquí juega una de las causas políticas, acaso la más importante de todas, que intervinieron en la guerra de los Treinta Años: la vieja rivalidad entre Francia y la Casa de Habsburgo, que había de decidir el final de la guerra.

La vieja y, hasta entonces, invencible infantería española, sufre la tremenda derrota de Rocroi. "Contad los muertos", dijo orgullosamente un soldado de los Tercios al Príncipe de Condé, que le preguntaba de cuántos hombres constaba su Tercio.

El Imperio y España, agotados, empobrecidos y, en realidad, derrotados, se ven en el trance de pedir la paz. El protestantismo es definitivamente vencedor en el norte de Europa.

Francia ha hecho un descubrimiento que, algunas décadas más tarde, se volverá terriblemente contra ella. Ha enseñado a España y al Imperio cómo un país católico puede aliarse con los protestantes para luchar contra los católicos; ha puesto los intereses políticos por encima de los religiosos.

Y en Westfalia se firma la paz, la primera paz laica después de la liberación de la Iglesia. El Nuncio, el posterior Alejandro VII, protestó de ella en nombre del Papa. Su protesta no sirvió y la paz laica, basada puramente en intereses políticos y materiales, y no en la caridad y la justicia, se llevó a cabo. Por primera vez se habla de equilibrio europeo.

Así entramos en la segunda mitad del siglo XVII.

En Francia reina Luis XIV, el Rey Sol. Esta nación está en plan de ser la primera potencia de Europa, y Luis XIV se prepara para adquirir la hegemonía.

Entre 1660 y 1700 se desarrollan las guerras de conquista de Francia, especialmente contra Holanda. La primera, abarca desde 1672 hasta 1678. La desdichada guerra produce en Holanda la caída de los hermanos de Witt y la elevación de Guillermo de Orange, calvinista, que será el implacable enemigo de Luis XIV y que recogerá el ejemplo dado cuarenta años antes por la misma Francia. Guillermo de Orange, calvinista, se aliara con España y Austria, católicas, contra Francia, también católica. La religión ya no contará en todas estas guerras puramente políticas.

En Inglaterra ocurren hechos de excepcional importancia. Jacobo II Estuardo, católico, es destronado y le sucede Guillermo de Orange—el enemigo de Luis XIV—, que, de este modo, obtiene una base sólida para sus combinaciones antifrancesas. Al mismo tiempo, esta segunda revolución inglesa, incruenta, representa el triunfo del espíritu moderno, liberal, democrático, parlamentario y anticatólico, que, en el transcurso del siglo siguiente, Inglaterra exportará a Francia y, por medio de ella, a toda Europa, y en el cual encarnará el espíritu revolucionario. Espíritu anticatólico que, de buen principio, se revela en la misma Inglaterra, excluyendo del trono a los príncipes ingleses católicos.

En el centro de Europa, el Imperio se halla en decadencia, arruinado y sin prestigio, después de la guerra de los Treinta Años.

España, que hasta entonces había sido el paladín del catolicismo, pasa por el triste reinado de Carlos II, el Hechizado, degenerado e insuficiente. Decadencia y ruina.

Polonia empieza su largo calvario que terminará con la repartición de la misma. El bastión del Norte del Catolicismo también se halla en plena crisis.

Enorme decadencia política, pues, de todas y cada una de las viejas potencias católicas, excepción hecha de Francia, que conserva y aun aumenta por aquel entonces su prestigio. Pero esta misma potencia, exteriormente tan brillante, encierra en su seno dos terribles gérmenes de descomposición. Gérmenes que son dos corrientes al parecer antagónicas, pero que, en realidad, van a parar ambas a un mismo fin: el jansenismo y la impiedad. El jansenismo, que, aparte de su trascendencia en el terreno religioso, tiene una gran importancia política.

Los jansenistas proceden de la doctrina calvinista y, por tanto, se halla en su base el liberalismo, tal como podrá encontrarse en el siglo xvii. Serán frondistas, parlamentarios, adversarios del poder real; y, más tarde, se harán galicanos. El programa es éste: los nobles contra el Rey y, más adelante, el Rey contra el Papa.

Por otra parte, existe un fenómeno que hasta entonces no se había dado: la impiedad. El ateísmo abierto, descarado, del que se hace gala en público, en salones, conferencias y publicaciones; que atrae; que se pone de moda, especialmente en la alta sociedad, y que, en el siglo siguiente, llegará a lo más íntimo del pueblo. Iniciado teóricamente en Inglaterra, se popularizará en Francia. "Aunque soy un pobre diablo, Monseñor, no tengo más religión que otro cualquiera", dirá un peluquero a su señor, Duque y Par de Francia.

La masonería y las sociedades secretas, bien organizadas y poderosas, salen a la luz, hacen prosélitos, se preparan para la lucha furiosa que han de sostener en el

siglo siguiente: el de Voltaire y los enciclopedistas de Rousseau y de la Revolución francesa.

Naturalismo y liberalismo: los dos grandes males de nuestra época. Dios, ajeno al gobierno de la sociedad: un Dios constitucional, que reina y no gobierna. Tolerancia para todos; Jesucristo, a nivel de Mahoma o de Buda. Principio que encarna en la Revolución que se iniciará en el siglo siguiente y que, de una manera progresiva, aumentará su violencia hasta llegar a la apostasía práctica de todas las naciones que, en nuestra época, son, casi en su totalidad oficialmente, o anticatólicas o ateas.

Es, pues, el momento en que las fuerzas enemigas se recogen y, dirigidas y unificadas por las sociedades secretas que tanta pujanza alcanzaron en el siglo xviii, se disponen a dar el gran asalto a la Iglesia Católica.

1672-1688. Jesucristo, en este intervalo, da a la sociedad, por medio de Santa Margarita, un arma para defenderse y para pasar al ataque en el gran combate que se avecina.

El corto período de 1672 a 1688 es, ciertamente, uno de los decisivos en la historia universal; y tanto es así, que el inmortal León XIII, en su encíclica "Annum Sacrum", no vacila en escribir: "*Cuando la Iglesia, en los tiempos cercanos a su origen, era oprimida por el yugo de los Césares, la Cruz, vista en la altura, fue a un joven emperador signo y causa, a un mismo tiempo, de la amplísima victoria lograda inmediatamente. Ved otro signo que se ofrece hoy a nuestros ojos, faustísimo y divinísimo, a saber: el Sacratísimo Corazón de Jesús con la Cruz sobrepuesta, resplandeciendo entre llamas, con espléndido fulgor. En Él han de colocarse todas las esperanzas; en Él hay que buscar, de Él hay que esperar la salvación de los hombres.*"

DOMINGO SANMARTÍ FONT

CRISTIANDAD, núm. 6, año 1944.

La lucha entre la Iglesia de Dios y las puertas del infierno es tan antigua como la misma Iglesia, aún cuando revista aspectos diversos según las épocas.

Parece que en nuestros tiempos las características de esta lucha son: apostasía de las naciones, materialismo, ateísmo y odio de clases.

Si, como repetidamente aseguran los Papas en sus encíclicas, la devoción al Sagrado Corazón es el medio específico para estos peligros se deduce que las revelaciones de Paray-le-Monial constituyen una fecha histórica de primera categoría.

Por esto se nos ha ocurrido hacer una cronología en que partiendo de estas revelaciones aparezca paralelamente el desarrollo de la lucha anticristiana y el de la devoción al Sagrado Corazón y la doctrina católica hasta nuestros días.



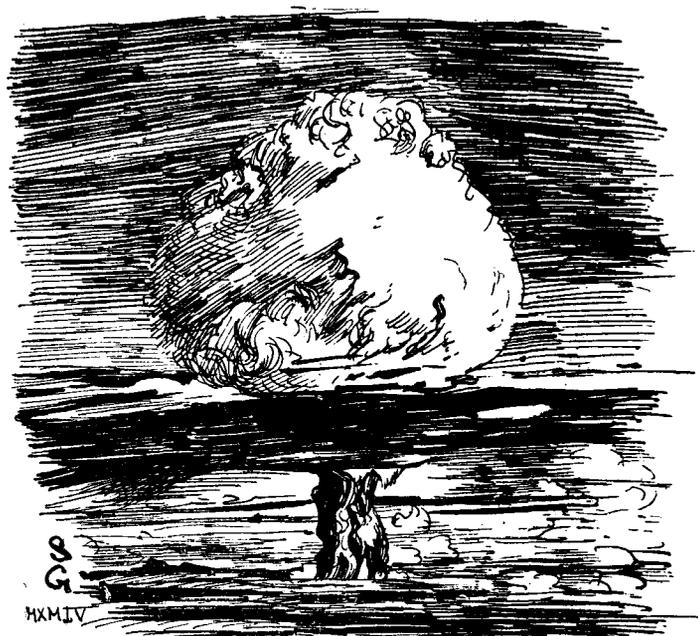
CRONOLOGIA

- 1638-1715 Publicación del libro de Jansenio y reinado de Luis XIV.
1648 Paz de Westfalia (primera paz laica).
- 1673 Revelaciones del Sagrado Corazón a Santa Margarita María. — Petición del Sagrado Corazón de que se le consagre Francia.
 - 1700-1711 Guerra de Sucesión de España.
 - 1701 Prusia se convierte en Reino: Federico I.
 - 1748 Paz de Aquisgrán. — Prusia protestante, convertida en potencia de primera categoría: Federico II.
 - 1750 Enciclopedia. — Rousseau.
 - 1789-1815 Revolución francesa y Napoleón.
 - 1793 Asesinato de Marat. Se le entierra invocándole: “Corazón de Jesús, Corazón de Marat”.
- 1844 Fundación del Apostolado de la Oración.
 - 1847 Manifiesto de Marx y Engels.
 - 1848 Revolución socialista. — Huida de Pío IX a Gaeta. — Fin de la Santa Alianza.
 - 1851 Segundo Imperio francés.
- 1854 Definición dogmática de la Inmaculada Concepción.
- 1856 Extensión de la Misa del Sagrado Corazón a toda la Iglesia.
- 1858 Apariciones de la Virgen en Lourdes.
 - 1859-1870 Unificación de Italia y anexión de los Estados Pontificios.
- 1864 Publicación del Syllabus.
 - 1864-1870 Unificación de Alemania bajo Prusia. — Bismark.
- 1866 Venida de San Juan Bosco a Barcelona. — Edificación de la ermita primitiva y proyecto del gran Templo Expiatorio.

- 1868 Destronamiento de Isabel II. — La búsqueda de un rey para España provoca la guerra franco-prusiana.
- 1870 Concilio Vaticano I.
 - 1871 Proclamación del Imperio alemán.
- 1873 Montmartre: Templo del Sagrado Corazón.
 - 1873-1880 Kulturkampf.
 - 1876-1878 Crisis de la guerra de Oriente entre Rusia y Turquía. — Congreso de Berlín.
 - 1879 Primera alianza germano-austriaca.
- 1881 Encíclica “Diuturnum” sobre el origen del poder. — Primer Congreso Eucarístico Internacional de Lille.
- 1884 Encíclica “Inmortale Dei”, — Constitución cristiana de los Estados.
 - 1886 Reafirmación de la alianza germano-austriaca. — Consecuencia: alianza de Francia y Rusia. — Germen de la primera guerra mundial.
- 1887 Encíclica “Libertas”: Libertad humana.
 - 1890 Caída de Bismark. — Cambio de política de Alemania. — Desequilibrio.
- 1891 Encíclica “Rerum novarum”: Primera encíclica sobre doctrina social.
 - 1899-1907 Política antirreligiosa en Francia.
- 1899 Encíclica “Annum Sacrum”: Consagración del género humano al Sagrado Corazón de Jesús.
- 1905 Disposiciones del Papa Pío X sobre la Comunión diaria.
- 1911 Pío X apremia sobre la necesidad de que los niños comulguen al llegar al uso de razón.
 - 1914-1918 Primera guerra mundial. — Inicio de la descomposición social en todos los aspectos.
- 1917 Apariciones de Fátima.
 - 1917 Revolución rusa. — Inicio de la preponderancia americana. — Apatosía de las naciones.
 - 1919 Creación de la Sociedad de las Naciones.
 - 1922 Musolini sube al poder.
- 1925 Encíclica “Quas Primas”: Institución de la fiesta de Cristo Rey.
- 1928 Encíclica Miserentissimus Redemptor”: Sobre el Sagrado Corazón de Jesús. — Pacto de Letrán.
- 1931 Encíclica “Quadragesimo Anno”: Doctrina social.
 - 1932 Hitler asume el poder en Alemania.
- 1936 Alzamiento anticomunista en España.
 - 1939 Segunda guerra mundial.
 - 1945 Bombas atómicas sobre el Japón.
 - 1948 Creación del Estado de Israel.

- 1950 Definición del Dogma de la Asunción.
 - 1952 Consagración del mundo al Corazón de María. — XXXV Congreso Eucarístico Internacional de Barcelona.
 - 1956 Encíclica "Haurietis aquas": Completa y fija la doctrina sobre el Sagrado Corazón de Jesús.
 - 1956 Modificación del ayuno eucarístico y la liturgia. — Facilidades para comulgar y oír la Santa Misa.
 - 1956 Alzamiento anticomunista en Hungría.
- 1956 Inglaterra, Francia e Israel desembarcan en Suez.
- 1959 Convocación del II Concilio Vaticano.
 - 1961 Encíclica "Mater et Magistra".

JAVIER SANMARTÍ ROSET



SUMARIO

- Razón de este número.
 Perennidad del Tibidabo, F. S. M.
 La Colina de los Mártires, Fernando Serrano Misas.
 La Revelación del Sagrado Corazón de Jesús, Domingo Sanmartí Font.
 Cronología, Javier Sanmartí Roset.
 Actualidad de la idea de Cristo Rey, Ramón Orlandis, S. I.
 Porqué y cómo nació **CRISTIANDAD**.
 Que el Corazón de Jesús reine y la unidad del mundo será un hecho, Enrique Ramière, S. I.
 Lo sobrenatural y el Estado, José M.^a Murall, S. I.
 El reinado del Corazón de Cristo ideal común del Apostolado de la Oración y de la Acción Católica, Pedro Basil.
 El Doctor Torras y Bages y la devoción al Sagrado Corazón, Antonio Briva, Pbro.
 Tres etapas en la devoción al Sagrado Corazón, Ramón Orlandis, S. I.
 La fiesta de Cristo Rey después de la Encíclica "Haurietis aquas", Roberto Cayuela, S. I.
 Literatura en la época románica, Francisco Salvá Miquel.
 Las razones morales y políticas de la crisis internacional, por Jesús Sáinz Mazpule.

ACTUALIDAD DE LA IDEA DE CRISTO REY

Fué el día 11 de diciembre de 1925, en los últimos momentos del Año Santo, cuando por su Encíclica *QUAS PRIMAS* el Romano Pontífice Pío XI promulgó la institución de la nueva festividad litúrgica de *CRISTO REY*. Testimonio es ella bien fehaciente de la convicción profunda que inducía al Papa a tomar tal determinación. Esta convicción, de la importancia y de la actualidad del acto, se deja entrever en el recuento de los antecedentes que han ido preparando y con que se abre la Encíclica.

Mas no sólo en aquel pasaje, sino en todo el documento, desde el principio hasta el fin, son tan graves y sentidas las palabras de Pío XI, que bien se deja conocer que su intento es no transmitir solamente al pueblo cristiano su juicio maduro y fundamentado sobre la legitimidad y la conveniencia de la institución, sino la emoción que en aquel momento embarga su ánimo paternal y el anhelo vivísimo que siente de ser atendido, comprendido y secundado.

Porque, ¿qué es la Encíclica *QUAS PRIMAS* sino un eco profundo de aquella otra Encíclica *UBI ARCANO*, en donde el mismo Pío XI dio a conocer al pueblo cristiano y al universo entero el ideal de su pontificado, cifrándolo en aquella fórmula de tanta amplitud y profundidad: “*LA PAZ DE CRISTO EN EL REINO DE CRISTO?*”

En aquella primera Encíclica, magistral por su doctrina, ¡cómo se trasluce en todos los párrafos la angustia paternal del corazón del Vicario de Cristo, al ver al mundo confiado a su tutela cerrar los ojos a la luz a riesgo de irse despeñando cada vez más en la ruina! El Papa alza su voz y no cesa de clamar al mundo descarrado que vuelva los ojos a la luz, que sólo acogiéndose al imperio salvador de Jesucristo podrá hallar la vida, la salud, la paz. La Encíclica *UBI ARCANO* es ciertamente un toque de alarma, pero más que un toque de alarma es un gemido de un corazón de padre, que debiera herir y despertar el corazón de los dormidos.

Transcurridos ya tres años, ¿había despertado el mundo? Un nuevo gemido que exhala el corazón del Vicario de Cristo, un nuevo clamor eco del primero, un nuevo toque al corazón: esto es la Encíclica *QUAS PRIMAS*. Una nueva proposición magistral de la doctrina del Reino de Cristo, una industria excogitada por el amor paternal: para que la doctrina salvadora penetre en los entendimientos y en los corazones; éste es el contenido de la Encíclica.

El pensamiento del Papa

Se puede encerrar el pensamiento del Papa en unas pocas proposiciones, cuales son las que siguen:

1.º Sólo en el Reinado de Cristo puede haber paz ver-

dadera y estable. En él sí, fuera de él, no. Y la paz que se promete no es sólo la espiritual de las almas, sino la social y la internacional (*UBI ARCANO, QUAS PRIMAS*).

2.º El Reinado que trae consigo las promesas es el aceptado libremente por los hombres: no el Reinado de mero hecho, ni el Reinado del mero poder (*Passim*).

3.º Por consiguiente, entonces reina Cristo en la sociedad, cuando constituida ésta rectamente, la Iglesia, cumpliendo el divino encargo, defiende y tutele los derechos de Dios, ora sobre los hombres en particular, ora sobre la sociedad entera (*UBI ARCANO*).

4.º La realización de este ideal no tan sólo se ha de desear y procurar, sino también se ha de esperar, en cuanto correspondamos al plan divino (*UBI ARCANO, QUAS PRIMAS, MISERENTISSIMUS REDEMPTOR*).

La peste de nuestro tiempo

Cuantas veces habla S. S. Pío XI de la realeza de Cristo, dirige su palabra al mundo actual, al mundo en que nosotros vivimos. No trata del asunto en forma abstracta, en una forma en que cualquier Papa de cualquier siglo hubiera podido hablar al mundo de aquel entonces. Habla para instruir, y persuadir y gobernar a los hombres actuales, y es la suya una verdadera porfía para hacerles comprender la actualidad del tema, para convencerles del interés que tiene aquello de que les habla para el mundo en que nosotros vivimos y nos movemos. Los males de nuestro mundo son gravísimos. Sólo la aceptación voluntaria del *REINADO DE CRISTO* puede remediarlos. Por esto es tan necesario que el mundo inficionado por la peste de los errores contrarios a la soberanía de Cristo, sea instruido, según su capacidad, en la doctrina salvadora, que sepa en qué consiste la soberanía de Cristo, su justicia y su valor.

¿Cuál es esta peste que infecciona las almas?: no es otra que el *LAICISMO*. Las palabras de Pío XI son terminantes:

“Al prescribir al mundo católico que dé culto a Jesucristo Rey, tenemos en cuenta las necesidades actuales y aplicamos el remedio principal a la peste que ha inficionado la sociedad humana. Calificamos de peste de nuestros tiempos al llamado *LAICISMO*, a sus errores, a sus intentos malvados. No llegó, sabida cosa es, a la madurez en un sólo día. Tiempo hacía que estaba latente en la entraña de las naciones. Comenzóse por negar la soberanía de Cristo sobre todas las gentes. Negóse a la Iglesia el derecho, que es consecuencia del derecho de Cristo, de enseñar al linaje humano, de dar leyes, de regir a los pueblos, en orden — claro es — a la bienaventuranza eterna. Luego, paso tras paso, se equiparó a la Iglesia de Cristo

con las falsas, poniéndola ignominiosamente al nivel de ellas. Después se la sujetó al poder civil y poco faltó para que se la entregara al arbitrio de soberanos y gobernantes. Más lejos fueron aquellos que pensaron en substituir la religión divina por una cierta religión natural, por un cierto sentimiento natural. Ni tampoco faltaron naciones que juzgaron poderse pasar sin Dios y hacer religión de la impiedad y del menosprecio de Dios" (QUAS PRIMAS).

Esta caracterización del malhadado LAICISMO, peste de nuestra sociedad, descubre su próximo parentesco con el liberalismo tantas veces anatematizado, y convence de que o es el mismísimo liberalismo, ni más ni menos, o es el liberalismo llegado a su mayor de edad.

De esta apostasía social, de esta separación de Jesucristo, ¿qué consecuencias se siguen para la sociedad? S. S. nos lo recuerda a renglón seguido: "Los acerbísimos frutos, tan frecuentes y duraderos, que este alejarse de Cristo individuos y naciones, ha producido, los lamentamos ya en la Encíclica UBI ARCANO y de nuevo los lamentamos hoy". Para no alargarnos más, hagamos notar solamente el último de sus amargos frutos que enumera Pío XI: "La humana sociedad trastornada y llevada a la destrucción."

Así, la negación de la realeza de Cristo es peste, ruina, muerte; el acatamiento de la realeza de Cristo es vida, salud, prosperidad. "Si un día reconocieran los hombres, en su vida privada y pública, la regia potestad de Cristo, no es posible imaginar los bienes que forzosamente penetrarían todas las partes de la sociedad civil: la justa libertad, la disciplina y la tranquilidad, la concordia y la paz."

Quien lea estos fragmentos copiados y más quien considere, no a la ligera ni con prejuicios, los documentos citados en su integridad, notará que las palabras del Papa no suenan a formulismos vacíos, sino a íntima persuasión; que no son meras palabras, sino espíritu y vida, y el espíritu y la vida necesitan comunicarse. De aquí la constancia de Pío XI en buscar maneras de comunicar su persuasión, su espíritu, su vida al pueblo cristiano y al mundo entero.

Táctica del Pontífice

La táctica de Pío XI es de insistencia, es la de hacer conocer la doctrina del Reino de Cristo a todos los cristianos y a todos los hombres, según la capacidad de cada uno. Para este fin propone esta doctrina y la recuerda en luminosos documentos y pondera su valor y su interés vital. Y encarga a los jerarcas de la Iglesia que transmitan sus enseñanzas a los fieles, acomodándolas a su inteligencia.

Para este fin instituye la solemnidad litúrgica anual de Cristo Rey y hace que se celebre en un día y un tiempo del año que haga resaltar su importancia, y la razón que da es práctica y fundada en el conocimiento de los hombres. Las fiestas anuales hacen entrar por los ojos de los fieles la verdad que en sí encierran; ellas hablan

no sólo a la inteligencia sino al hombre entero, y con esto la doctrina divina se embebe en el alma de los fieles, y, por decirlo así, se convierte en su carne y en su sangre.

Por donde se ve que la actualidad de la nueva festividad procede de la actualidad de la idea que en ella se incluye y se asocia, de la actualidad de la idea de la realeza de Cristo.

Desarrollo de la idea

Pío XI tiene fe, fe viva e incommovible en la idea de Cristo Rey; para Pío XI la idea de Cristo Rey, del Reino de Cristo, es una de aquellas ideas-fuerza que se abren camino, vencen y avasallan; difúndase esta poderosa idea y ella conquistará al mundo, lo salvará de la ruina y le comunicará la paz verdadera, la paz de Cristo.

Mas, ¿de dónde viene a la idea de Cristo Rey este poder de victoria? ¿es algo nativo en ella o le sobreviene de fuera, de la libre disposición de Dios? ¿túvolo ya en todos los tiempos, en todas las circunstancias o requiere para su ejercicio la coyuntura actual?

La idea de Cristo Rey no es algo nuevo en la Iglesia; no es una nueva emergencia en la conciencia cristiana; su abolengo es tan antiguo cuanto lo es el cristianismo; tiene expresión vigorosa en las páginas del Nuevo Testamento; se encuadra como fórmula dogmática en el símbolo eclesiástico; se reza y se canta en la liturgia. ¿Por qué los Papas de entonces no atribuyen como Pío XI a esta idea una virtualidad especial? ¿podríamos imaginarnos un Papa, por ejemplo, de la Edad Media, instituyendo la solemnidad anual de Cristo Rey por una Encíclica QUAS PRIMAS y esperando de la difusión y conocimiento de la idea la salvación del mundo? ¿hubiera cristianizado más al mundo la idea del Reino de Cristo, que la idea de la Cruz?

Exponemos con alguna extensión la dificultad precedente, no tan sólo porque prepara la genuina explicación de la virtualidad de la idea de Cristo Rey, sino también porque no faltan panegiristas y aun tratadistas de la Realeza de Cristo que la declaran y enaltecen poco más o menos como lo hicieron en la Edad Media, salvo el estilo moderno, y que apenas tienen en cuenta la particularísima, aunque circunstancial afinidad que el mundo actual tiene con ella.

La Realeza de Cristo es en verdad inmutable. La autoridad del Rey eterno no admite ni crecimientos ni vicisitudes; podrá sí ser reconocida por un número mayor o menor de súbditos; podrá ser acatada con mayor o menor perfección; mas los derechos de jurisdicción de nuestro Rey han sido, son y serán en todos los tiempos los mismos.

Despréndese de aquí que el significado, el contenido de la idea "Cristo Rey, Reino de Cristo" y por ende el de la fórmula verbal que la expresa es, ha sido y será siempre el mismo. No era diversa la Realeza de Cristo que veneraban y acataban los fieles de los tiempos antiguos, los de la Edad Media y nuestros contemporáneos.

Mas el contenido de una idea, de una fórmula verbal, sin variar en sí mismo, puede ser conocido con más o menos claridad, con más o menos precisión, con más o menos determinación. Si esto sucede a menudo con ideas



y palabras de índole natural, no menos acontece con las ideas y fórmulas que contienen verdades reveladas. Y en esto precisamente consiste el desenvolvimiento legítimo y ortodoxo de las ideas reveladas y de las fórmulas en que

se expresan. Tal ha sucedido y sucede por ejemplo con la idea del Cuerpo Místico de Jesucristo. Tal ha sucedido también con la idea de Cristo Rey, del Reinado de Jesucristo.

Al escribir estas líneas tengo ante mis ojos un libro inédito, escrito por un autor del siglo XVII, eminente y genial. En él estudia de propósito y con no escasa erudición los problemas concernientes a la materia que tratamos. Pero, ¡cuán inferior queda aquel tratado, si se coteja con el cuerpo de doctrina que suponen y resumen en sus Encíclicas los actuales Pontífices!

El desarrollo de las ideas, aquella descomposición mental que las particulariza y define, procede naturalmente del cotejo con otras ideas, de la combinación con ideas afines, etc. Pero lo más frecuente y normal será siempre que el desenvolvimiento de una de estas ideas pleróicas de sentido, cual es la del Reino de Cristo, no llegue a su plenitud, si no es al rozar con ideas afines, más aún, al chocar con ideas contrarias. Sólo cuando pueblos y gobiernos, práctica y teóricamente, directa y expresamente, rechazaron y negaron la soberanía de Cristo, ésta apareció fulgurante, fecunda y necesaria, en toda su plenitud y en toda su precisión, en sí misma y en sus relaciones. Ha sido necesario que llegaran los tiempos en que, como dice el mismo Pío XI en la Encíclica MISERENTISSIMUS REDEMPTOR, pueblo y gobernantes han clamado “no queremos que Este, que Cristo reine sobre nosotros”; para que los fieles súbditos de Cristo, a conciencia, dándose perfecta cuenta de su acto, respondieran con aquel otro clamor “es necesario que Este, que Cristo reine, venga a nos el tu Reino”.

Según este proceso, por el desenvolvimiento de la idea general, pero fecundísima, del Reino de Cristo, se ha formado todo un cuerpo de doctrina religioso-político-social, en el cual a todos los problemas fundamentales de la vida pública — no de los de pormenor, ni de los de índole técnica — se da solución, la única solución, la solución cristiana.

Actualidad psicológica de la idea

Con esto puede ya rastrearse de qué manera la idea de Cristo Rey ha llegado a ser en nuestros días la idea-fuerza destinada a salvar el mundo moderno.

En el seno del mundo moderno ha logrado su madurez, su perfecto desarrollo y en su seno la lleva el mundo, y así, por más que se aturda y por más coces que tire contra el aguijón, no podrá jamás librarse de las angustias de su conciencia social, cuyo imperativo cristiano pesa sobre él como una losa. Y cuantas más soluciones busque para sus problemas de vida o muerte fuera de la que le ofrece Cristo Rey, más sentirá angustias de agonía, más desesperantes serán sus desengaños.

Jesucristo, Rey de reyes y Señor de los que dominan, ofrece al mundo, desplegándola a la vista de todos, la carta magna de su soberanía de amor, de su caridad, de su amor de caridad por cuya falta la sociedad agoniza;

y no es verdad que el hombre moderno no pueda entender tal programa, que la doctrina religioso-político-social, que se basa en la soberanía de Cristo, sobrepuje la capacidad intelectual del hombre de nuestro tiempo; tan lejos nos parece esto de la verdad que, a nuestro humilde entender, jamás en ninguna época del mundo han estado los hombres en su generalidad tan preparados como hoy en día para entender la doctrina religioso-político-social, programa del Reino de Cristo.

Verdad es que la ignorancia religiosa es en muchísimos casos poco menos que absoluta; que el más vil materialismo embota muchísimas inteligencias y las ciega para que no puedan ver más allá de la materia; es verdad que el más absurdo escepticismo anula en muchas personas el vigor intelectual y perturba la orientación del pensamiento; es verdad que la frivolidad *dilettante* desdén a conciencia el esfuerzo serio, necesario al bien pensar. Confesamos que tales extravíos mentales dificultan enormemente la inteligencia de la doctrina salvadora.

Pero también es verdad que hoy aún en el vulgo que llamamos bajo suele haber un grado de instrucción, no religiosa por desgracia, muy superior al que en ningún otro tiempo ha habido. Y esto especialmente es verdad en materias político-sociales. La lectura tan difundida aún en las clases inferiores, el interés por la política y la mayor o menor participación en ella; la actuación personal en la defensa de los intereses de clase, etc., suministran a la muchedumbre una notable cantidad de ideas, confusas en su mayor parte, absurdas en muchos casos, en casi todos desvencijadas, sin trabazón ni consistencia; más a pesar de tanta pobreza la materia no les es desconocida, los tecnicismos les dicen algo, la misma presunción vanidosa les aficióna a instruirse más. ¿Por qué motivo no atenderán al apóstol que les declare la salvadora y sugestiva doctrina del Reino de Cristo, con tal que les hable con fe y convicción y acomodándose a su capacidad como encarga S. S.?

Si el apóstol que les habla sabe presentar la doctrina que transmite como la carta magna de Cristo Rey, que vive en el cielo y gobierna y quiere gobernar a los hombres para darles la felicidad verdadera y para unirlos en la paz, en la justicia, en el amor, ¿no se sentirán atraídos hacia tal Rey y por ende hacia su doctrina?

¿Por qué no hemos de tener la fe de Pedro, la confianza de Pedro, los que oímos de labios de Pedro el encomio de la doctrina del Reino, su eficacia salvadora, su actuación vital?

Contemplan pobres y ricos, nobles y plebeyos, sabios e ignorantes, a Cristo presente en su Reino, viviente en su Iglesia, *hermoso y gracioso*, como dice San Ignacio, entre los hijos de los hombres, y no les arredrará su verdadera doctrina, antes bien les atraerá. Contemplan a Cristo presente en su Iglesia, no con aquella presencia corporal y visible que soñaron los milenarios, pero sí con la presencia de gobierno, con la presencia de providencia amorosa, con la presencia de Cabeza mística que influye

en sus miembros, en los que acatan y aman su soberanía, almas del imperio de su amor.

Un pensador no católico, Berdiaeff, en su conocido libro "Una nueva Edad Media", entrevé los primeros te-



núsimos fulgores de un día que ya amanece. Este día no es para él sino un tiempo nuevo en el cual el género humano acatará amorosamente el Reinado de Jesucristo. Es una nueva Edad Media, enmendada a gusto del pensador,

una Edad Media liberada de la ambición y del predominio temporal de los Pontífices Romanos; lástima da tal obcecación sectaria en una vista tan perspicaz como la de Berdiaeff.

Otra diferencia se nos antoja a nosotros, diferencia más sutil, sólo al espíritu perceptible. En la Edad Media, ya pretérita, miraban los hombres en el Papa, y con razón pocas veces que su vista se fijaba en demasía en el Vicario, queremos decir en el hombre, y con esto se olvidaban de Jesucristo, y así se sublevaban contra la supremacía del Papa, porque su orgullo les hacía ver en él a un soberano temporal que pretendía dominarles.

En la idea del Reino de Cristo nos parece ver invertidos los términos. En el primer término se nos presenta Jesucristo viviente en su Iglesia, viviente en su representante en la tierra. Si así llegara a mirarse por todo el mundo al Vicario de Jesucristo, se le vería siempre sobrenaturalizado, más aún, divinizado.

Esta es la necesidad más urgente de nuestro tiempo: sobrenaturalizarlo todo, incluso el Romano Pontífice. Esta vida sobrenatural es la que trae consigo el Reinado de Jesucristo; ésta es la que implora sin darse cuenta la indigencia de nuestro tiempo, ésta es la que reclama el alma de nuestra sociedad.

El Reinado de Jesucristo, la idea de Cristo Rey es de actualidad vital para el alma del género humano, es una *actualidad psicológica*.

Actualidad providencial

La esperanza de que el mundo quiera aceptar el Reinado de Jesucristo fundada en su actualidad psicológica, no tenemos por qué negarlo, deja al espíritu en zozobra. Tantas veces ve el hombre lo que le conviene, lo aprecia en lo que vale, se siente atraído por ello, mas en último término lo rechaza. ¿No será también de temer la misma inconsecuencia de nuestra sociedad, cuando se enfrente con su remedio y su bien? Mas he aquí que viene en nuestro socorro a corroborar las esperanzas un nuevo elemento de fe. ¡La Providencia divina! ¡las promesas de Paray-le-Monial! ¡Reinaré a pesar de mis enemigos! Estas palabras resonaban de continuo en el oído de Santa Margarita. ¿Cómo las entendía la Santa? No lo sabemos de cierto. Algo nos dice de ello aquella promesa de Jesús en una de las grandes revelaciones: allí habla con más claridad; allí anuncia que su designio no es otro que la

ruina del imperio de Satanás y la implantación en las almas del imperio de su amor.

Tal vez los primeros devotos del Corazón de Jesús no atendieron lo bastante a estas significativas palabras. Extendióse, muerta la Santa, la Devoción al Divino Corazón pedida en las revelaciones, pero la idea del Reino más bien parece esfumarse. Mas llegado a su mitad el siglo XIX, al choque de la antítesis impía y liberal, la idea del Reino de Cristo cobra vigencia, claridad y precisión.

Y a la luz de esta idea comienzan a interpretarse aquellas misteriosas palabras: "Reinaré a pesar de mis enemigos". Y se inicia la corriente, que es cada día más crecida, de consagraciones al Corazón de Jesús. En ella se unen indisolublemente la devoción al Corazón de Jesús y la devoción a Cristo Rey. Y de esta unión indisoluble brotan dos fórmulas ya usuales: *por la devoción al Corazón de Jesús al Reinado social de Cristo*; y aquella otra en que parecen ya identificarse las dos devociones: *el Reinado del Corazón de Jesús*. Y esta devoción y esperanza de los fieles estriba principalmente en las promesas de Paray.

Y son los Papas mismos, Vicarios de Jesucristo en la tierra, los que también parecen dejarse arrastrar por la corriente de devoción y esperanza; los que alientan ahincadamente las esperanzas de los devotos del Corazón de Jesús y en sus públicos documentos manifiestan paladinamente su esperanza y no dudan en apoyarla abiertamente en las revelaciones de Paray. Y el Pontífice León XIII, en su Encíclica ANNUM SACRUM, señala en las apariciones del Corazón de Jesús una nueva época, la del Reinado de Jesucristo. Y S. S. Pío XI declara en su Encíclica MISERENTISSIMUS REDEMPTOR que, al instituir la fiesta de Cristo Rey, se propuso dar complemento a lo que iniciaron los fieles en sus actos de consagración al Corazón de Jesús y afirma solemnemente que la celebración de la fiesta es, sí, una proclamación de la Realeza de Cristo, pero además es un anticipo de aquel día venturoso en que el universo entero espontánea y libremente prestará su obediencia al Reinado suavísimo de Jesús.

Y al terminar el artículo no podemos dejar en olvido al Pontífice reinante, que ya en su primera Encíclica hizo suyos expresamente los actos y las esperanzas de sus Predecesores, de que acabamos de hablar.

RAMÓN ORLANDIS, S. I.

Véase *Actualidad de la idea de Cristo Rey*, Publicaciones CRISTIANDAD, año 1951.

POR QUÉ Y CÓMO NACIÓ "CRISTIANDAD"

La Providencia y la Sociedad

La idea de una Providencia que rige los destinos de los pueblos, como rige los de cada individuo, es la base de toda concepción profunda de la sociedad y de la historia. La conciencia de este hecho se agudiza, empero, entre los hombres reflexivos, cada vez que la humanidad atraviesa momentos graves de crisis.

¿Por qué sucede así? Porque de otra suerte, estos males serían fruto de un azar ciego, y esto repugna profundamente a la inteligencia y al corazón humanos.

En cambio: si los males que aquejan a la humanidad no escapan al gobierno de un Dios providente y bueno, estos males, de otra suerte desesperantes, adquieren, para el hombre la razón de ser de todo aquello que, aunque no alcance a comprender, ve claramente, con todo, que está incluido en un orden.

Basta la luz natural de la razón para creer en una Providencia. Pero la luz de la fe da a un cristiano nuevas precisiones y nuevas esperanzas respecto a los planes de Dios sobre los hombres.

Por esto CRISTIANDAD, que viene a luchar por la implantación de un orden divino entre los hombres y las sociedades, firma desde el primer instante que este orden debe necesariamente basarse: 1.º, en una concepción sobrenatural de la vida, y 2.º, en una unión estrecha con la Iglesia y con su Pontífice, Vicario de Jesucristo en la tierra.

Por la importancia que tienen estas afirmaciones, nos detendremos un momento en aclararlas.

1.º UNA CONCEPCIÓN SOBRENATURAL DE LA VIDA ES NECESARIA PARA RESTABLECER EL ORDEN EN LA SOCIEDAD.

Dios ha creado al hombre para vivir en sociedad. En esta sociedad el hombre debe conocer, amar y servir a Dios nuestro Señor.

La naturaleza misma del hombre exige uno y otro extremo. Pero una doble realidad ha venido a modificar las condiciones en que el hombre deberá realizar esta convivencia y servir en ella el plan de su Criador.

La primera, fuente de todos los egoísmos, no es otra cosa que la corrupción de la naturaleza humana por el pecado; la segunda, fuente de todas las generosidades, es la elevación de esta naturaleza corrompida al orden divino de la gracia.

Y esta gran realidad de la Gracia no viene a superponerse al hombre de un modo extrínseco, como pretendía Lutero, sino que penetra la esencia misma de su alma.

Si esto es así, si en el hombre esta realidad sobrena-

tural transforma íntimamente su naturaleza, sería un desperdicio de fuerzas, sería volver a introducir la división en su seno no procurar que transformara también íntimamente su vida.

No basta, en efecto, a un cristiano tener fe: debe vivir de su fe. Este vivir de la fe es la caridad.

Únicamente así es posible no sólo el orden interior de sus potencias, sino el orden exterior con sus semejantes. El *naturalismo* en todas sus formas es, por consiguiente, el primer enemigo que CRISTIANDAD viene a combatir.

2.º UNA SUMISIÓN FILIAL A LA IGLESIA ES NECESARIA PARA RESTABLECER EL ORDEN ENTRE LAS SOCIEDADES.

El hombre debe servir a Dios en sociedad. Acomodándose a su naturaleza, la Gracia se le reparte, también, socialmente; y en sociedad gozará, en el cielo, de su inmenso destino.

Esta sociedad sobrenatural del hombre con Dios y con los bienaventurados, es la Iglesia.

Y así como veíamos que la realidad sobrenatural de la gracia traía necesariamente consigo una consecuencia de orden natural: la ordenación y pacificación de nuestra vida, semejantemente: la realidad sobrenatural de la Iglesia ha de traer consigo necesariamente una consecuencia de orden natural, el día que sea plenamente aceptada por todos: la ordenación y pacificación de los pueblos.

La compenetración entre la sociedad civil y la eclesiástica que esto supone; la aceptación plena por parte de las naciones y Estados, en cuanto tales, de la Iglesia como *Madre*, es un Ideal tradicionalmente expresado por un nombre: CRISTIANDAD.

Este ideal ha sido vivido y realizado, de un modo incipiente, por los siglos mejores de la Edad Media. Pero el Protestantismo vino a malograr esta obra, destruyendo el principio de unidad y organización que representaba, y conduciendo fatalmente al Filosofismo, para desembocar en las Revoluciones.

Sólo el reconocimiento de la Soberanía social de Jesucristo, por medio de su Iglesia, puede salvar a la sociedad del estado de división y descomposición en que se encuentra. Pero un grave error se opone a este remedio: el *liberalismo*, o la indiferencia religiosa, y la opinión errónea que muchos, aun católicos, tienen de él, considerándolo como un acercamiento a la fe, cuando en realidad es más dañino que la impiedad misma, porque es más ofensivo el desprecio que el odio.

Este es el segundo error que CRISTIANDAD viene a combatir.

Naturalismo y Liberalismo

Naturalismo y Liberalismo son, pues, los principales enemigos del ideal de CRISTIANDAD. No son los más violentos, pero son, indudablemente, los más insidiosos. Bajo aspectos de prudencia o de equidad, minan las convicciones mismas de los buenos católicos. Todos los demás, se originan de ellos, o son matices suyos. Una vez han llegado a introducirse, queda la puerta abierta para todas las formas, de gravedad creciente, que se escalonan por las pendientes del teísmo y de la revolución.

El naturalismo y liberalismo tienen, en este momento, una gravedad especial: empapan hasta tal extremo nuestro ambiente, nos son tan connaturales, que escapan constantemente a nuestra observación, por lo que a veces es casi imposible reaccionar contra ellos.

Por esto CRISTIANDAD, sin dejar de combatirlos directamente, va a emplear un método indirecto de eficacia positiva: contra el Naturalismo, la propagación de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, fuente de la vida sobrenatural; contra el Liberalismo, la proclamación de la Soberanía social de Jesucristo, como único remedio para salvar a la sociedad.

El ideal de CRISTIANDAD y la devoción al Corazón de Cristo

Al amparo de estas concepciones, fue constituido en el pasado siglo el Apostolado de la Oración, por el que es casi su fundador: el insigne jesuita francés Padre Enrique Ramière.

Adveniat regnum tuum es su aspiración central y su razón de ser.

Este reino, fundamentalmente sobrenatural, tendrá también en el cielo su fundamental cumplimiento. Pero ¿es aventurado esperar, a modo de "añadidura", también un Reinado de Cristo sobre las naciones y Estados de la tierra? ¿Es aventurado esperar un cumplimiento real y efectivo de lo que ya llamamos corrientemente el "Reinado social de Jesucristo"?

Enrique Ramière no lo creyó así. A la vez que reconocía la gravedad de los males que afligían al mundo bajo una forma nunca vista hasta entonces: la *apostasía de las naciones*, vio en las tendencias más hondas de las sociedades, en la revelación auténtica contenida en las Escrituras y en la Tradición Cristiana y, sobre todo, en las revelaciones de Paray-le Monial, los más serios motivos de esperanza.

Desde entonces, los Sumos pontífices nos van alentando con ella. Desde entonces, la devoción al Corazón de Cristo, que en Paray se nos presentaba como el remedio eficaz para conseguir la curación de nuestra sociedad, ha continuado adentrándose, cada vez más, en la vida de la Iglesia, hasta culminar en la Fiesta de Jesucristo Rey.

La fiesta de Jesucristo Rey

Es importante hacer notar que la fiesta de Jesucristo Rey es, precisamente, la coronación y término de la devoción al Sagrado Corazón que se iniciaba en Paray. Su institución viene, por lo tanto, a proclamar que la realeza de Cristo es una realeza de *amor*.

Pero es que, además, la institución de esa fiesta es, a la vez, la proclamación de una esperanza. Pío XI nos lo dice en su Encíclica "Miserentissimus": "Al hacer esto (institución de la fiesta de Jesucristo Rey), no sólo poníamos en evidencia la suprema soberanía que a Cristo compete sobre todo el Universo... sino que adelantábamos ya el gozo de aquel día dichosísimo en que todo el orbe, de corazón y de voluntad, se sujetará al dominio suavísimo de Cristo Rey".

CRISTIANDAD encuentra en ello nuevo aliento, y por esto no vacilará, desde el primer momento, en invitar a sus lectores a penetrar cada vez más en la devoción a este divino Corazón "en cuyo amor hemos creído"; y a luchar, fortalecidos por él, por la dilatación de su Reinado sobre los individuos y sobre las sociedades.

CRISTIANDAD, año 1943.

* * *

En la fiesta de Cristo Rey, 25 de octubre de 1942, nos dijo el P. Orlandis:

"...tenemos por cierto que Jesucristo centra en la devoción al Sagrado Corazón el remedio social del mundo actual y que como consecuencia del triunfo de esta devoción ha de venir la época profetizada de paz y prosperidad en la Iglesia, coincidente con el Reinado Social de Jesucristo; pues bien, Dios que no hace nada porque sí, no nos da esta luz para satisfacer nuestra curiosidad, sino para que nuestra actuación sea en consecuencia.

"Yo desearía que sintiérais la responsabilidad de esto, responsabilidad que comparto en mayor grado todavía

y que cumpliré mejor o peor pero que me obliga a hacerla valorar en lo que representa.

"...También, cada uno en el grado adecuado, ha de mantener relaciones con la organización, o cuerpo externo, del Apostolado de la Oración. El Apostolado de la Oración no debe ser un cuerpo con espíritu sino un espíritu con cuerpo... En la comunión con la organización del Apostolado está la garantía, os lo aseguro, de la continuidad de «Schola», en el caso en que por muerte o traslado os faltara mi orientación."

Y el 7 de enero de 1943:

"...Venimos estos días tratando de la utilidad de publicar una revista que fuera una comunicación seria pe-

ro no magistral, de nuestros anhelos y esperanzas en el Reinado de Jesucristo; una especie de exteriorización de nuestro «ensueño» como hacían los Apóstoles al hablar de lo que debía ser la Sociedad Cristiana...” “...el sentimiento y conocimiento de que Jesucristo «tiene Corazón» ha de ser la salvación del mundo actual; sólo este Amor puede traernos la paz que esperamos... Nótese que los intentos de atracción de la Sociedad que hasta ahora se han hecho, se fundan en la siguiente idea: consintamos en tomar algo de sus errores — poco veneno no daña — a trueque de poder comunicarle nuestros alimentos; cuando la verdadera solución es al revés: intransigencia absoluta con todo veneno y abundancia libérrima de alimento verdadero. Así tenemos el ejemplo del P. Ramière cuya fórmula podemos decir que era: el Cristianismo no ha venido a suprimir nada de lo propio a la naturaleza humana sino a jerarquizarlo todo en un orden de valores conducente al fin sobrenatural.”

Aquel Apostolado de la Oración, aquellas tertulias, aquella “Schola”, han dado por resultado esta “Cristiandad” que tanto amó el P. Orlandis. Esta expansión social de la doctrina que él nos dio, viene a ser la *vocación de todos*, y compendia perfectamente aquella doctrina de Santa Teresita del Niño Jesús en su Capítulo XI de la “Historia de un alma” que el P. Orlandis en su reunión del 28 marzo 1943 al dar las normas para CRISTIANDAD comentaba diciendo:

“El pasaje siguiente debe ser meditado íntegro por los miembros de «Schola», que hallarán en él luminosas ideas sobre su vocación” y fue exponiendo todo el célebre pasaje de “las vocaciones”:

“¡Oh, Jesús! Ser vuestra esposa, ser carmelita, ser madre de las almas por mi unión con Vos... me debería

contentar con esto. Sin embargo, siento en mí otras vocaciones; me anima la vocación de guerrero, de sacerdote, de apóstol, de doctor, de mártir... Quisiera ser misionera, no sólo durante algunos años, sino haberlo sido desde la creación del mundo y continuar siéndolo hasta la consumación de los siglos...”

“Porque estas aspiraciones me eran un verdadero martirio, revisé un día las Epístolas de San Pablo a fin de encontrar algún remedio para mis ansias. Explica el Apóstol, como todos los dones, aún los más perfectos, no son nada sin el Amor... La caridad me dio la clave de mi vocación. Entendía yo que si la Iglesia posee un cuerpo compuesto de diferentes miembros, no podía faltarle el más necesario, el más excelente de todos los órganos: pensaba que ella tenía *un corazón* y que este corazón ardía en llamas de amor... Mi vocación es el amor. Sí, he encontrado mi lugar en el seno de la Iglesia... Me están prohibidas las obras brillantes: no puedo predicar el Evangelio ni derramar mi sangre, ¿qué importa? Mis hermanos trabajan y ocupan mi lugar, y yo, muy niña, me aposento próxima al trono real: *amo* por los que combaten... te suplico *que inclines tu mirada divina sobre una multitud de almas infantiles y te pido que te escojas en este mundo una legión de víctimas humildes dignas de tu AMOR.*”

Es muy significativo que al fundar la revista CRISTIANDAD, exponente de la vocación “social” del grupo “Schola Cordis Iesu”, vuelve el P. Orlandis a encuadrarnos en el llamamiento de Santa Teresita, tal como hizo al fundar este grupo que, como escuela de Celadores del Apostolado de la Oración, venía a llenar más la vocación individual en el espíritu de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús.

CRISTIANDAD, núm. 331, año 1958.



QUE EL CORAZÓN DE JESÚS REINE Y LA UNIDAD DEL MUNDO SERÁ UN HECHO

Muy elevadas son las aspiraciones de esta sociedad orgullosa: mas ¡ay! ¡cuán grandes son también sus enfermedades! Por una parte quiere elevarse hasta lo infinito, espiritualizar la materia misma, divinizar todo lo que toca; por otra se declara incapaz de resistir a la fascinación de esta misma materia y de fijar la vista en los objetos puramente espirituales. Jamás el espíritu humano poseyó un imperio tan completo sobre la materia, y jamás la materia ejerció un dominio más tiránico en el espíritu humano... El hombre de este siglo necesita, sea como sea, pinturas y emociones, la única literatura en boga es la que más halaga los sentimientos y la que menos cuenta tiene con la verdad: la novela. Y, sin embargo, a los ojos de este hombre sensual, jamás es bastante espiritual; manifiesta el mayor desdén por los símbolos, por todas partes busca la idea pura y principalmente la idea de conjunto, la unidad de las cosas, la última palabra de todo. Jamás siglo alguno fue a la tan riguroso en su crítica y tan intemperante en sus gustos. Jamás fuimos, en lo tocante a doctrina, tan exigentes con la verdad y tan ávidos de la ficción y de la hipótesis. Asimismo en moral, jamás se juntó tanta severidad especulativa con tanta blandura práctica. El exceso del rigorismo y el exceso de la lujuria, el Jansenismo más implacable y el desenfreno más desvergonzado se han desarrollado paralelamente en el último siglo; y ¿quién dirá que no han dejado brotes en este ?Y así la religión se ve atacada a la vez en los misericordiosos apoyos que ofrece a nuestra debilidad y en el freno que impone a nuestras pasiones. Allí se la acusa de inmoral, aquí se le imputa dureza contra la naturaleza. Si escuchamos a unos, allí achica y estrecha el corazón humano; si damos oídos a otros, es demasiado elevada para su debilidad.

A todas esas exigencias y a todas esas calumnias responde victoriosamente la devoción al Sagrado Corazón.

Por medio de ella, la religión cristiana se muestra igualmente apta para satisfacer las tendencias más opuestas; a las imaginaciones sobreexcitadas e incapaces de entender la verdad desnuda, ofrece la más seductora de todas las imágenes, el rostro del hombre-Dios resplandeciente con todas las amabilidades de su corazón. A los espíritus ávidos de verdades magníficas y sublimes, presenta este mismo Corazón como el centro de todas las cosas, obra maestra de la creación material y asiento del amor que da la vida a toda la creación espiritual. A las almas dominadas por su sensibilidad muestra al Corazón de Jesús como órgano de la más viva sensibilidad y el objeto más digno de ser amado apasionadamente; mas, al mismo tiempo, a los corazones fuertes o más

exigentes que quieren contemplar el heroísmo, mientras aguardan la oportunidad de realizarlo en sí mismos, muestra a ese divino Corazón como la fuente de la más completa abnegación e incomparable sacrificio.

* * *

Esta devoción ofrece, por esto mismo, remedio igualmente eficaz para las dos grandes enfermedades que padecen en nuestros días las almas de los incrédulos y de los fieles. En los primeros, el lastre de la materia, que acabamos de señalar como el rasgo característico de nuestro siglo, produce en lo tocante a las cosas religiosas una disposición que es, bajo ciertos aspectos, más funesta que la impiedad: la indiferencia. En los segundos, esa misma blandura de las almas produce una tendencia destructiva de toda virtud robusta: el desaliento. La indiferencia, pues, y el desaliento; la indiferencia que impide a los incrédulos hacerse cristianos, y el desaliento que quita a los cristianos la energía necesaria para hacerse santos: he ahí las dos llagas sociales. A las dos aplica la devoción al Sagrado Corazón el más eficaz de todos los antídotos.

Ella es, en efecto, la devoción del amor y de la misericordia. Ella recuerda a los hombres, tan ávidos de amor y sin embargo tan llenos de egoísmo, que el amor, y un amor verdaderamente incompatible hacia su miseria ha hecho bajar del cielo al Verbo de Dios, que este amor ha sido su alimento en la tierra, le ha acompañado al cielo y no le deja todavía descansar un momento. La agonía en el huerto, la Cruz, la sagrada Eucaristía, milagros del amor olvidados por los hombres, viéñenles forzosamente al pensamiento por medio de la devoción al Sagrado Corazón. Ésta les obliga a creer que hay en el mundo alguien que les ama apasionadamente, infinitamente. ¿Hay algo más capaz de remover la indiferencia por inerte que sea ?¿No es verdad que por medio de esta devoción, Jesucristo acaba de realizar el plan de la Encarnación, expresado por Él mismo de manera tan conmovedora cuando decía: "*Los até con ataduras humanas, con ataduras de amor?*"

Mas, por otra parte, ¿qué cosa más apta para levantar los espíritus abatidos por el desaliento que la vista de un Dios que procura desaparecer por completo para no dejar aparecer más que su Corazón; que oculta su poder, su dignidad, su odio al pecado a fin de que su misericordia sola brille y triunfe? ¿Cómo no penetrarse de una confianza sin límites al pensar que ese Corazón que se nos muestra tan compasivo e indulgente, es el Señor del

mundo y el árbitro supremo de los acontecimientos, y que nada no acaece que no haya sido ordenado y permitido por Él con miras a nuestra santidad y felicidad?

Tal es la devoción al Sagrado Corazón bien entendida; no es una práctica particular de devoción; es la religión entera; mas la religión enfocada bajo su aspecto más luminoso y consolador. Es el cristianismo unificado y considerado en la base de todos sus dogmas y en el principio de toda su moral; pues, ¿qué son los dogmas del símbolo cristiano, sino la manifestación del amor de Dios al hombre? Y ¿qué son los preceptos del Decálogo, sino la práctica del amor del hombre a Dios? Ahora bien, el amor de Dios al hombre, ¿dónde se ha manifestado en todo su esplendor, y dónde ha desplegado todo su heroísmo el amor del hombre a Dios sino en el corazón de Jesús? De consiguiente, en el conocimiento y culto verdadero del Corazón de Jesús se acercará la sociedad a Dios; por este Corazón, como por canal divino, las bendiciones del cielo descenderán a la tierra; por él, como por vínculo vital y vivificador, los diferentes elementos que componen la humanidad, los individuos, las familias y los pueblos, ahora divididos como los miembros de un cuerpo hecho girones, volverán a encontrarse unidos.

Bajo este último aspecto principalmente hay que considerar la devoción al Sagrado Corazón, si queremos comprender sus maravillosas afinidades con las aspiraciones de nuestro siglo. Ya hemos tenido más de una ocasión de señalar la tendencia irresistible que impulsa a los

hombres y a los pueblos hacia una unidad más apretada al mismo tiempo que el desarrollo de los intereses egoístas tienden a ensanchar los abismos que les separa. Esas dos tendencias opuestas son la verdadera causa de las divisiones sociales cuyos testigos somos, y que no podrán terminar sino cuando la sociedad hubiere encontrado el secreto de hacer cesar esta oposición funesta, de destruir las inclinaciones egoístas y dar gran impulso a los instintos contrarios a éstas.

Ahora bien, Dios le ha puesto ese secreto en las manos al revelar la devoción al Sagrado Corazón. Por medio de ese divino Corazón, en efecto, los hombres de todas las razas y de toda condición no sólo forman entre sí un solo pueblo y una sola familia, mas constituyen también un solo cuerpo, viven de una misma vida que es la vida misma de Dios. Por eso, pues, los intereses de los ricos y de los pobres, de los civilizados y de los bárbaros, de los hombres del Oriente y de los hombres del Occidente, de las razas latinas, eslavas, sajonas, de los hijos malditos de Cam, lo mismo que de los hijos de Sem y de Jafet se encuentran no sólo conciliados sino identificados y confundidos. Que el Corazón de Jesús sea conocido, amado e imitado en el mundo, y ya no habrá guerra ni división, ni rivalidad posible; el egoísmo se hace ininteligible, puesto que la gloria, la riqueza y la felicidad de cada uno no puede consistir sino en realzar, enriquecer y servir a sus hermanos. Que el Corazón de Jesús reine y la unidad del mundo es un hecho.

(Fragmentos de "Les Espérances de l'Eglise", de Enrique Ramière, S. I.)

¡NOVEDAD EDITORIAL!

Con ocasión del magno Congreso Internacional del Sagrado Corazón acaba de publicarse el esperado libro

LAS ESPERANZAS DE LA IGLESIA

por el P. Enrique Ramière S. J.

La Revista CRISTIANDAD que tiene por maestro al que fue eminente Teólogo de la Realeza social de Jesucristo e insigne creador de la Teología de la Historia, se honra en ofrecer a todos los Congresistas las primicias de la primera edición castellana preparada por el P. Hilario Marín S. J.

Publicaciones Cristiandad
Lauria, 15

BARCELONA

Eugenio Subirana, S. A.
Puertaferri, 14

LO SOBRENATURAL Y EL ESTADO

En los días 26 y 27 de junio de 1881 tuvo lugar en la ciudad de Tarragona un acto de gran trascendencia para la historia del Reinado del Sagrado Corazón de Jesús en España. Se le llamó "Nacional Homenaje de las ciencias, letras y artes españolas al Sacratísimo Corazón de Jesús". Y en verdad lo fue como lo atestigua el magnífico volumen impreso en Barcelona en 1882, donde se publicaron todos los trabajos premiados en el certamen celebrado.

Entre los temas señalados para el certamen figuraba el siguiente: "El Ilustrísimo Sr. Obispo de Urgel, doctor Salvador Casañes ofrece un «Símbolo con la imagen de plata del arcángel San Miguel» embrazando el escudo del Sagrado Corazón de Jesús y una inscripción adecuada, al mejor escrito sobre la influencia social que la devoción al Sagrado Corazón está destinada a ejercer en los tiempos modernos."

El mejor trabajo presentado fue el correspondiente a este tema. Llevaba como lema el siguiente: "A grandes males grandes remedios". Lo firmaba el entonces modesto sacerdote doctor Torras y Bages.

De él queremos entresacar ahora algunos fragmentos que declaran la necesidad de lo sobrenatural en la sociedad y el medio de satisfacerla.

El Estado como el individuo no puede vivir convenientemente falto de lo sobrenatural

Entre el hombre individual y la corporación llamada Estado hay analogías singulares. La fe informando la razón es el principio y raíz de la verdadera grandeza y justicia en el hombre; y que el criterio gubernativo esté conforme a la fe e informado por ella, es necesario para que la sociedad vaya corriendo tranquila y sabiamente a la consecución de sus altísimos fines. Todo lo humano es deficiente y necesita por lo mismo un complemento que no se encuentra en la tierra, sino en el cielo; nuestra inteligencia no sólo es limitada, sino que está herida de vicios capitales, por lo cual sólo al contacto de aquella verdad inmutable que ilumina a todo hombre que viene a este mundo, se convierte en luz fija, y no engañosa ni sujeta a las tinieblas de las pasiones que se levantan en nuestra alma. El hombre debe estar unido con Dios mediante la inteligencia y la voluntad, y siempre que se ha de consumir el fatal divorcio entre el Creador y la criatura, se empieza rompiendo la alianza de la fe con la razón, que es la que guía e ilumina toda el alma, o, como ha dicho un escritor antiguo, es el paje de hacha de la voluntad, cuyos pasos dirige alumbrando los caminos por donde debe echar.

... El hombre quiso sobreponerse a Dios, la razón disipar la fe, y por lo mismo el Estado prescindió de la

misma para el gobierno de la sociedad. Todo debía secularizarse con un criterio puramente humano, y a la destrucción de la antigua unión entre el poder civil y el religioso, a la revolución contra el predominio de Dios en la sociedad, se la saludó como el principio de una época de libertad, como el ocaso y caída de una época de esclavitud. Los hombres no conocían que tan sólo Dios puede gobernar la voluntad humana sin destruir su libertad, que el gobierno del hombre por el hombre debe forzosamente adolecer de esclavitud, porque la ciencia y el amor del hombre sólo se adquieren por el trato con Dios... Por esto el Estado racionalista ha defraudado todas las esperanzas de sus entusiastas, y ha quedado frustrado en mitad de su carrera sin haber cumplido sus promesas grandiosas en favor de la sociedad, que ya se conoce víctima del mismo y se siente devorada para satisfacer sus monstruosos apetitos. Dios únicamente tiene el secreto y el poder de conseguir sus fines con medios muy sencillos, y por esto cuando los hombre se gobernaban por su autoridad el bienestar de la sociedad se adquiría con suma sencillez, se hacía estribar en la vida tranquila, *ut quietam et tranquillam vitam agamus in omni pietate et castitate*, como decía San Pablo (I Timoteo, II) (1).

Restauración de la inteligencia social y de la voluntad social por la fe

Mas para que la restauración social promovida por los fuertes y amorosos latidos que el Corazón de Jesús ha hecho percibir al mundo, ya envejecido, sea completa y duradera, es necesario que haya una rectificación de lo que podríamos llamar la inteligencia y la voluntad de la sociedad: la ciencia y el trabajo. La moderna civilización presenta el lamentable espectáculo de un divorcio y voluntario antagonismo entre la fe y la razón y entre la caridad y la industria. Dios las hizo para vivir juntas, para que se ayudaran mutuamente; mas la razón y la industria se han sublevado repudiando aquellas dos nobilísimas virtudes teologales que deben ser su perfección y complemento, y no se crea que estas dos rebeliones sean sólo dos combates parciales dentro de la colosal rebelión que forma la revolución moderna o los síntomas más característicos de la misma; son su raíz y substancia, ya que no son otra cosa que la manifestación externa de la separación de Dios consumada por el hombre en su entendimiento y en su voluntad, que el desenvolvimiento descomunal de aquellas dos concupiscencias, principio de todas las otras, que llamamos la soberbia y la codicia. La más debida, al paso que también la más dura de todas las

(1) Obres completes. Biblioteca Perenne, 1949, págs. 1579-1580.

exigencias que Dios tiene para con el hombre es, sin duda, la del remordimiento de la razón a la fe, por lo cual la razón, hinchada por las pasiones, tantas veces se la sobrepone en detrimento de ella misma y para destrucción de todo orden y armonía en la esfera práctica que depende de la racional.

Este fue el comienzo de la revolución; tal es la raíz del liberalismo que viene carcomiendo a la sociedad, el principio de todos los males que la afligen.

El divorcio entre la razón y la fe no provino, por más que la primera, para ocultar su torpeza, de continuo lo alegue, de amor a la verdad, sino de la soberbia humana, de la rebeldía del hombre que no quiere humillarse delante de Dios ni reconocerle por Maestro. Y he aquí que las palabras más sonoras que salen del Corazón Divino, las expresiones más eficaces que tuvo para recomendar una virtud al amoroso Salvador, fueron aquellas tan sabidas que incluyen el fruto práctico que por revelación divina deben los cristianos sacar de la devoción propagada por Margarita Alacoque: "Aprended de Mi, que soy humilde de corazón." La humildad, que es condición indispensable de la fe, es una virtud exclusivamente cristiana, de tal manera que sólo puede hallarse en un corazón fecundado por la gracia divina. Y la razón vestida de humildad se levanta a grande altura, deponde y se desprende de las pasiones que puedan torcerla, por lo cual, dejado el amor propio, que ha sido el sentimiento generador de tantas falsas filosofías, quédase tan sólo con el amor más puro y noble, con el amor de la verdad, que la

espolea para llegar a un conocimiento más perfecto de la misma, pues está convencida, ya que hasta la fe le dice, que en la contemplación de la verdad ha de encontrar su centro y bienaventuranza (2).

Después de las ruinas acumuladas por el error, los pueblos vuelven al Corazón de Jesús

Cuando la sociedad moderna, a lo más, admite un muy templado barniz de Cristianismo, por razones estéticas de decencia pública, y se acongoja terriblemente a la expectativa de que este barniz pueda ser más subido, ¿es posible volver, es racional aspirar a la restauración de una sociedad maciza de Cristianismo?

Todos los errores y herejías, después de haber tenido su período ascendente, han tenido también el descendente; cuando no han podido alucinar la razón católica en la mentira torpemente manifiesta, han tomado un disfraz católico; mas esto, que es un involuntario apologismo, suele señalar la aproximación del imperio manifiesto de la verdad religiosa. Al arrianismo siguió el semiarrianismo, al pelagianismo el semipelagianismo, al liberalismo el semiliberalismo, o sea el catolicismo liberal, que consiste no en que la Religión rija, gobierne y acomode a sus preceptos e inmutables principios a la humanidad, sino en que ésta sea la árbitra de la Religión, la que la acomode a las circunstancias, a las necesidades, a las nuevas formas que vaya tomando la sociedad arrastrada en su curso por múltiples concupiscencias, cercenando de la Religión lo que parezca inconciliable con el estado presente y sujetando lo que bajó del cielo, lo que de Dios dimana, a un criterio puramente humano. Aun la Europa contaba muy pocos siglos de cristianismo cuando la herejía de Arrio, después de improbables esfuerzos y sufrimientos de la Iglesia Romana, conociendo que no prevalecería con su forma rudamente opuesta al dogma recibido, suavizó sus apariencias de manera que parecía conciliable con el principio católico; la astucia y la hipocresía se presentaron como amigables componedores entre la Iglesia de Cristo y la Sinagoga de Satanás; el mundo les dio incautamente oídos, y por un momento, según frase de San Jerónimo, la Iglesia, después del conciliábulo de Rímíni, se quedó pasmada al verse arriana. También la Europa se quedó pasmada de verse liberal, la sociedad a punto de dejar de ser cristiana, cuando en los días de Pío IX, este inmortal Pontífice, arremetiendo contra el error con que estaban encariñados los sabios y poderosos del siglo, a la faz de todos anatematizó el perverso sistema y, persiguiéndole hasta sus últimas trincheras, cogióle con aquellas manos que la virtud de lo alto fortificaba y aplastóle contra la piedra sobre la que descansa el humilde trono del Pescador... Los doctores mundanos se ven obligados a proclamar su vergonzosa impotencia para mejorar a la humanidad, que nada saben ni pueden saber, que la humanidad está perdida sin remedio.



(2) Id., pág. 1590.

... ¿Dónde, pues, va a acogerse la sociedad en medio de su gran desamparo? Cuando todos la rechaza, ¿qué brazos encuentra que cariñosamente la soliciten fuera de los de Cristo? Nunca los hombres volverían a Dios cuando han emprendido los caminos de perdición; si Él, en su infinita sabiduría e inefable misericordia, no hubiese dispuesto las cosas de tal manera que, siguiendo la sociedad el curso que le abren sus apetitos, no se encontrase miserablemente perdida; siente congojas de muerte y el desfallecimiento la domina; los nobles sentimientos, aun de índole puramente natural, quedan desvanecidos y cúmplase a la letra aquella sentencia de Cristo: *Sine me nihil potestis facere*.

La patria y la familia dejan de ser amadas cuando Dios deja de ser amado, y cuando Dios es aborrecido, aquellas dos nobilísimas instituciones sobre que descansa la dignidad de la sociedad humana son perseguidas y muertas.

Las naciones, engréidas con sus riquezas, con sus ciencias, con sus ejércitos, se dejaron tomar de la soberbia; comparándose con aquella humilde Hija del Calvario, la

Iglesia, a quien Dios nombró Señora de todas las gentes, y, creyéndose más sabias que ella, después de haber corrido distintos caminos y ensayado diversos sistemas, a pesar de sus riquezas, de sus ciencias y de sus ejércitos, siéntense en su interior profundamente abochornadas. Extienden su mirada por todas partes y el horizonte está cerrado, la oscuridad domina en el cielo de las inteligencias humanas, las enseñanzas de los sabios son estériles, y, en cambio, en los corazones germinan o salvajes pasiones o desfallecimientos mortales; mas Aquel que ha hecho curables a las naciones y tiene tesoros de sabiduría y abismos de misericordia desde el uno al otro confín del mundo, iluminando con suavísimos resplandores los continentes, las islas y los mares, hace resonar con mayor elocuencia los latidos de su Corazón vibrante de amor, para que, oyéndolos la sociedad caduca ya y torpe para el amor divino, cobre, como profetizó Santa Gertrudis, nuevo vigor y brío (3).

JOSÉ M.^a MURALL, S. I.

(3) Id., págs. 1595, 1596, 1597.

CRISTIANDAD, núm. 123, año 1948.

EL REINADO DEL CORAZON DE CRISTO IDEAL COMUN DEL APOSTOLADO DE LA ORACION Y DE LA ACCION CATOLICA

Vocación Universal

El apostolado no es una vocación particular para un corto número de escogidos; es una vocación universal, que obliga a todos los hombres y nace del mismo bautismo.

Ningún verdadero cristiano — nos dice S. S. Pío XII —, injertado como está mediante el bautismo en el cuerpo místico de Cristo, puede aspirar a su propia santificación olvidando la salvación eterna de los demás, ya que “a todos mandó el Señor que pensaran en su prójimo (Eccl., 17, 12)” (1).

Y la razón, la explana su antecesor Pío XI de esta manera (2):

El bautismo impone el deber del apostolado, ya que por él somos constituidos miembros de la Iglesia, o sea del cuerpo místico de Cristo, y entre los miembros de este cuerpo, como de cualquier otro organismo, debe existir solidaridad de intereses y comunicación recíproca de vida: “Nosotros, aunque seamos muchos, formamos en Cristo un solo cuerpo, siendo recíprocamente miembros los unos de los otros” (Rom. XII, 5). Un miembro, pues,

debe ayudar a otro; ninguno puede permanecer inactivo, sino que cada uno, mientras recibe, debe también dar.

Ahora bien: así como todo cristiano recibe la vida sobrenatural que circula por las venas del cuerpo místico de Cristo (aquella vida abundante que el mismo Cristo dijo que había venido a traer a la tierra: “veni ut vitam habeant et abundantius habeant”. — Joan. X, 10), así aquél la debe comunicar a otros que no la poseen o la poseen muy escasamente o sólo en apariencia.

Esta es la ley de la reciprocidad que preside lo mismo el orden físico que el moral. Sólo Dios bastaría para el gobierno del mundo, mas nada quiere hacer sin el concurso de las criaturas. Lo mismo en el orden de la gracia: Dios podría obrar por sí sólo, sin contar con nadie; pero esto no es lo ordinario: Dios quiere que los hombres, como participan de su ser, participen también de su actividad. Por esto su gracia, la vida sobrenatural, se nos comunica por lo común *socialmente*, es decir, por la libre cooperación de nuestros hermanos (3).

En esta ley de reciprocidad, que bien considerada no es sino una forma particular de la gran ley de la caridad, se basa precisamente el Apostolado de la Oración, lo mismo que la Acción Católica.

(1) Carta de Pío XII al Preósito general de la Compañía de Jesús, 19 septiembre 1948.

(2) Carta de Pío XI al Cardenal Patriarca de Lisboa, sobre el régimen de la Acción Católica, 10 noviembre 1933.

(3) Vid. introducción de la obra de E. Ramière “El Apostolado de la Oración”.

«Una forma perfecta de vida cristiana y de devoción al Corazón de Cristo»

El Apostolado de la Oración no es sólo una “unión de oraciones”. Es — como se define en sus nuevos Estatutos — *una pía unión de fieles que viven no sólo para la propia salvación, sino que, con oración y sacrificio apostólicos, trabajan también para edificar el cuerpo místico de Cristo, es decir, para propagar su Reino en el mundo.*

Su fin primario no consiste, pues, en promover determinadas obras apostólicas, sino en formar un verdadero espíritu apostólico.

Su carácter distintivo es, pues, “la oración y entrega de manera apostólica”. Oración y entrega que no es sólo el medio, sino también el fin de su apostolado: “llevar a los cristianos a que oren y a que ofrezcan toda su vida con Cristo a Dios, como un sacrificio apostólico”, procurando así “una plena y perfecta formación espiritual para cooperar en las obras de apostolado”. Por esto puede afirmar el Papa que esta asociación, por su naturaleza, *tiende a conferir a sus miembros la forma más perfecta de vida cristiana, y que ella es como una síntesis de solitud pastoral* (4).

Pero todavía hay más: el Apostolado de la Oración — añade el Papa — es, también, *una forma perfecta de devoción al Sacratísimo Corazón de Jesús*, cuya devoción, a su vez, *de ningún modo se puede separar de dicho Apostolado.*

Y esto, ¿por qué?

Porque es imposible una íntima unión en orar y sacrificarse con Cristo sin una mutua unión de amor, y esta unión se obtiene de la mejor manera mediante el culto del *Sacratísimo Corazón de Jesús*, símbolo y fuente de todo amor.

Nuestro mundo, aun el que podríamos llamar cristiano, se agosta y languidece por falta de amor. Por esto el Apostolado de la Oración considera la devoción al Corazón de Jesús como medio, según el sentir de la Iglesia, que responde de modo peculiar a las necesidades de nuestro tiempo y prepara y promueve con mucha diligencia el advenimiento del Reino de Dios al mundo; doctrina ésta tan arraigada en el sentir de la Iglesia, que en ella viene a coincidir también la Acción Católica, a la que la Encíclica *Ubi Arcano*, con razón llamada su carta fundacional, le señala precisamente este fin.

Procurar con la oración frecuente, con el buen ejemplo, con la propaganda de palabra y por escrito, y con las obras y socorros de la caridad, que de nuevo se tributen AL CORAZÓN DIVINO DE CRISTO REY, en los corazones de los individuos, en la familia y en la sociedad, el amor, el culto y el imperio que le son debidos.

Una iniciativa providencial

Esta concordancia de fines explica perfectamente un hecho, sin duda providencial, que tuvo lugar en esta Dió-

cesis, en ocasión del Congreso de Acción Católica celebrado en junio de 1949.

Nos referimos a la moción que, a iniciativa del Apostolado de la Oración, prestamente secundada por todas las ramas de Acción Católica, Cabildo Catedral, Claustro del Seminario, todos los Párrocos de esta ciudad, Arciprestes de la Diócesis, Comunidades Religiosas y gran número de asociaciones piadosas, fue presentada y aprobada como primera conclusión en dicho Congreso.

En ella se pedía a nuestro Prelado que se dignase elevar a los pies del Vicario de Cristo, los deseos y súplicas de esta Diócesis para que, con motivo del próximo Año Jubilar, fuese renovada la consagración de la Iglesia y del género humano a los Corazones de Jesús y de María; conclusión que fue recogida por el Excmo. Sr. Nuncio de S. S. en España, con estas palabras:

Recojo con la mayor complacencia el voto expresado por la piedad del pueblo barcelonés en este Congreso de que, con motivo del próximo Año Santo, sea renovada solemnemente la Consagración del género humano al Sagrado Corazón de Jesús por medio del Inmaculado Corazón de María, como protesta de esperanza sobrenatural en su reinado de paz en el mundo.

Este voto es un testimonio más de la aspiración que todos tenemos de una difusión cada vez mayor del Reinado de Cristo, en la persuasión de que sólo bajo los principios de este Reinado podremos tener la verdadera paz.

Con el mayor gusto trasladaré al Padre Santo, como mío, este deseo, con cuya expresión declaro cerrado este Congreso.

Muchas voces de Arzobispos y Obispos de todo el orbe se unieron después a la nuestra, dando lugar a un movimiento, que no dudamos en afirmar que en cierto modo partió de nuestra ciudad (5), para impetrar del Sumo Pontífice la renovación de aquella doble consagración.

“*L'Osservatore Romano*” del 11 de septiembre de aquel año 1949 llegó a publicar la siguiente noticia: “Numerosos Obispos, en estos últimos meses, con motivo del gran Jubileo de 1950, han pedido que el Santo Padre renueve la consagración del género humano al Sagrado Corazón de Jesús, que hizo ya su predecesor León XIII al comienzo del siglo, y la consagración llevada a cabo por el mismo Pío XII, en 1942, en plena guerra, al Corazón Inmaculado de María. Podemos ya anunciar que en una de las Misas que el Santo Padre celebrará durante el Año Santo en la Basílica Vaticana, las dos consagraciones serán solemnemente renovadas.”

Nuestro deseo, entre tanto, ha dado ya un fruto: a los cuatro años del voto de nuestra Acción Católica, Barcelona ha venido a ser, por expresa designación del Papa, la sede del XXXV Congreso Eucarístico Internacional, el Congreso que podríamos llamar de *la Eucaristía y la Paz*. ¿No es esto, ciertamente, una satisfacción, aunque en forma distinta, de aquel voto de nuestra ciudad? Porque la vinculación de la Eucaristía y la Paz, en un acto interna-

(4) Pío XII, carta antes citada.

(5) Vid. núm. 141 de *Cristiandad*, “La campaña del Año Santo”, artículo de Francisco Vinent.

cional, ¿no es, realmente, una proclamación de la Realeza del Corazón de Cristo en el misterio de su amor?

«La vida interior, alma y fuerza de todo apostolado eficaz»

Fácilmente se comprenderá, por todo lo dicho, cuan estrecha relación existe entre el Apostolado de la Oración y la Acción Católica, y la razón del por qué en los nuevos Estatutos se trata explícitamente de esta relación:

Puesto que el Apostolado de la Oración alimenta y promueve la vida interior, con la cual nos unimos continuamente a Dios y es el alma y la fuerza de todo apostolado eficaz, y como además infunde a los asociados ansias apostólicas y los instruye; en gran manera "contribuye a fomentar y hacer cada día más fructíferas la Acción Católica y las demás asociaciones que prestan ayuda auxiliar en el apostolado de la Iglesia". Por eso el Apostolado de la Oración invita e impele vehementemente a sus asociados a que den su nombre a las obras apostólicas, sobre todo a la Acción Católica, y colaboren con ellas. (Cf. Carta de Pío XII, 16 de junio de 1944.)

En el último Congreso mundial del Apostolado Secular, celebrado en octubre de 1951, se trató seriamente de los principios y del método de la formación espiritual y ascética de los seglares, en orden a su sólida formación para el apostolado. Según la mente del Sumo Pontífice, en el Apostolado de la Oración se encuentra *un programa para esta formación o una síntesis de vida espiritual para los seglares*. Precisamente en este punto espera mucho el Santo Padre y apenas puede decirse acerca de esto más de lo que Él ha escrito al fin de su carta (6):

Tenemos la esperanza cierta de que esta Pía Asociación, lejos de impedir o usurpar los oficios de otras obras apostólicas, las eleva más bien a un grado más alto de perfección, empapando a todas con espíritu de santidad y amor a Dios y a los hombres, el cual florece continuamente en el Sacratísimo Corazón de Jesús y excita a obrar convenientemente.

PEDRO BASIL

(6) Pío XII, carta de 28 octubre 1951 al Prepósito general de la Compañía de Jesús, aprobando los nuevos Estatutos del Apostolado de la Oración.

CRISTIANDAD, núm. 206, año 1952.



Intenciones del APOSTOLADO DE LA ORACION

Noviembre - 1961

GENERAL: «Que el tiempo de la ancianidad se viva y se estime debidamente».

MISIONAL: «Que los jóvenes en las Misiones sean formados en espíritu de fe también al aprender los oficios técnicos».

EL DOCTOR TORRAS Y BAGES Y LA DEVOCION AL SAGRADO CORAZON

La vocación personal del gran Obispo de Vich fue siempre una vocación pastoral. El pensamiento de Torras y Bages está en constante contacto con los dos extremos entre los cuales ha de ejercerse la mediación pastoral de la jerarquía eclesiástica: el pueblo y Dios. La cualidad más relevante de sus escritos es la penetración profunda de las verdades eternas hecha vivencia popular. Su lenguaje es claro y sencillo. Su pensamiento es profundo y maduramente teológico. El espíritu, que anima los pensamientos y las palabras, está penetrado por una unción sólida y suave al mismo tiempo. La lectura de sus obras lleva de la mano hacia la intuición, que el mismo Torras y Bages tuvo del contenido propio de su misión: "Déu m'ha escollit per excitar en els homes l'amor de lo etern", decía al hablar de su elevación al episcopado.

Dios había preparado aquel hombre para hacerle pastor de su grey. Pío X pudo dirigirle, en su carta laudatoria del 1.º de mayo de 1911, la mayor alabanza que puede recibir un obispo: Te muestras obispo, tal cual lo describe el Apóstol". En el cumplimiento de su misión episcopal llevó a su perfección las cualidades ingénitas de pastor, que le adornaban. Pero su vida de sacerdote había habituado la mente y el corazón de aquel hombre a proyectar su persona y sus quehaceres hacia los demás, para conducirlos por las sendas de la verdad evangélica.

Los dos documentos principales del Doctor Torras y Bages acerca de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús son anteriores a su episcopado. En ellos se respira la preocupación apostólica pastoral del mismo. Su mes dedicado al Sagrado Corazón fue escrito en Vilafranca del Panadés durante sus vacaciones veraniegas de 1879 e impreso en Barcelona en 1880. Su discurso sobre la influencia social, que la devoción al Sagrado Corazón de Jesús está destinada a ejercer en los tiempos modernos pertenece al año 1881. En estos dos documentos se respira el mismo clima pastoral. En ellos es el sacerdote el que escribe, teniendo fija la mirada y puesto el corazón en Cristo y su doctrina, pero moviendo su pluma al ritmo de la capacidad y de las necesidades del pueblo cristiano.

Su discurso de 1881 es un análisis certero y denso de las condiciones sociales, nacionales e internacionales, del cristianismo de su tiempo. La devoción al Sagrado Corazón aparece como el antídoto más eficaz contra el veneno de las doctrinas y prácticas de la política y vida de sus contemporáneos.

Pero la obra principal del Dr. Torras sobre la devo-

ción al Sagrado Corazón es su librito para la práctica del mes de junio. En él se resume el pensamiento de nuestro autor acerca de esta devoción. Se trata de un pensamiento amasado en la piedad y vivido al ritmo de una verdadera preocupación pastoral. Son estas sus dos cualidades más relevantes, que han sido, a su vez, la razón por la cual se ha impuesto de una manera definitiva en la piedad del pueblo fiel de Cataluña. No hay ciudad ni pueblo de nuestra región, en la cual no se encuentren numerosos fieles, que sean capaces de recitar fielmente de memoria las oraciones cotidianas del mes del Sagrado Corazón.

Quien conoce la obra literaria del gran Obispo de Vich no puede dejar de constatar que la propiedad específica de sus escritos piadosos y pastorales es la captación sapiencial de las profundidades del mensaje evangélico. Ni el aparato científico, ni la especulación teológica tienen cabida en ellos. Y sin embargo, la doctrina expuesta es de la más alta calidad teológica. Esto acontece de un modo concreto en el tema que nos ocupa. La exposición de la naturaleza y propiedades de la devoción al Corazón Sacratísimo de Jesús, hecha en un contexto piadoso y divulgador, es de la más pura valoración teológica.

No sería ninguna exageración afirmar que en el mes del Sagrado Corazón escrito por el Doctor Torras y Bages se encuentra, sin la sistematización lógica, que sería impropia de un escrito de tal especie, el esquema doctrinal de la encíclica de Pío XII *Haurietis aquas*. Pero, además de la coincidencia en las líneas orientadoras de este culto, se da en la doctrina torrasiana una profunda convergencia de matices y de visión con el magisterio pontificio de Pío XII.

Para este sabio Pontífice, todo el amor divino hacia los hombres viene a desembocar en la magnitud de las manifestaciones de amor, que nacen del Corazón de Jesús, de suerte que éste es el símbolo viviente de todo el amor de Dios. "Es indudable, dice Pío XII, que en los libros sagrados nunca se hace mención cierta de un culto de especial veneración y amor tributado al corazón físico del Verbo encarnado por su prerrogativa de su encendidísima caridad. Pero este hecho, que hay que reconocer abiertamente, no nos ha de admirar ni nos ha de hacer dudar en modo alguno de que la caridad divina hacia nosotros, razón principal de este culto, la exaltan tanto el Antiguo como en Nuevo Testamento con imágenes sumamente conmovedoras. Y estas imágenes... pueden considerarse como presagio de lo que había de ser el símbolo e índice más noble del amor divino, es a sa-

ber: el corazón sacratísimo y adorable del Redentor.” Con estas palabras justifica el Sumo Pontífice la asunción de todo el amor divino en objeto de culto, simbolizando en el corazón de carne el Salvador. Por esto, todas las finezas de la caridad infinita y paternal de Dios, dirigidas a la humanidad entera y especialmente al pueblo escogido durante el período preparatorio de la era de la redención ya operada, son presentados como motivos e ilustraciones del contenido real del amor, con que nos abraza la divina bondad encarnada en la persona del Verbo.

Con una mirada amplia y superadora de las limitaciones del tiempo, el Dr. Torras invita a los fieles cristianos a una concepción amplia de la devoción al Corazón de Cristo, del todo semejante a la presentada por Pío XII. “Con Déu Senyor nostre, dice nuestro doctor, en sa infinita misericordia, ha volgut fer palpables a l’home les coses més extraordinaries de sa divina naturalesa, ha volgut que en el mon hi hagués un Cor, qui tingués aquest Amor diví, qui éssent en sí mateix infinit i incompreensible es posa a la nostre comprensió dintre d’un cor de carn com el nostre... Aquell amor qui per tú ha fet tantes meravelles, qui crià el cel i la terra, qui t’alimenta i et vesteix, qui t’ha donat la vida i te la conserva, qui iHumina el téu enteniment amb un raig d’intel·ligència sobirana, aquell Amor habita en el Sagrat Cor de Jesús” (día XXIV).

Una medida estrecha, de teología no asimilada, vería en estas palabras del Dr. Torras y Bages una simple aplicación piadosa de verdades poco matizadas. Una posterior reflexión teológica, enriquecida por las enseñanzas del magisterio eclesiástico, podrá calar la penetración con que, en medio de la sencillez de un lenguaje popular, aquel pensador cristiano ha presentado el culto al Corazón de Cristo, en unos momentos en los cuales podía caerse en el riesgo de minimizar la amplitud del mismo.

En los tiempos modernos se ha podido hablar de una crisis de la devoción, que tanto se extendiera por toda la Iglesia y especialmente en nuestra tierra, durante los últimos decenios del pasado siglo y los primeros del nuestro. El mismo Pío XII reconoce esta triste verdad. Y no es de extrañar que, al indagar las causas de este fenómeno, pueda señalarse como una de las principales razones de su relativo descrédito a una cierta tendencia a vaciar de contenido teológico este culto, dejándolo reducido a un conjunto de prácticas puramente externas y algún tanto sentimentales. Pero en el fondo de estas indeseadas latía una falta de vinculación del culto al Corazón de Cristo al que es debido a la persona misma del Verbo encarnado. No carece de significado la precisión, en que se ha visto alguna vez la Iglesia, de prohibir aquella imaginería religiosa, que presentaba al Co-

razón de Cristo separado de su santa humanidad. Por esto fueron recibidas con gozo las palabras iluminadas de Pío XII, en la ya varias veces citada encíclica, que centraban enérgicamente el nervio de la devoción al Sagrado Corazón: “Estamos persuadidos de que estas reflexiones nuestras, dictadas por la enseñanza misma del Evangelio, han mostrado ciertamente que este culto, en substancia, no es otra cosa que el culto al amor divino y humano del Verbo encarnado y también a aquel amor con que el Padre y el Espíritu Santo aman a los hombres pecadores”. Con palabra fuerte y segura, nuestro autor había dicho: “Venerant l’amor de Déu en el Sagrat Cor de Jesús practiques un acte de culte a la substancia divina es a dir, a la mateixa essencia de la divinitat: puix, quan l’enteniment guiat i il·luminat per la fe, s’engolfa en contemplar aquell mar de perfeccions, que en diem Déu, descubreix que en últim resultat totes aquelles perfeccions venen a ser com diferents vistes d’un sol Amor immens, per lo qual l’Apòstol San Juan diu que Déu és la caritat” (1).

La devoción y culto al Sagrado Corazón es, en definitiva, una forma de culto de latría a la humanidad de Jesucristo y principalmente a su divina persona, vistos desde el ángulo de su amor redentor. Todos los afectos internos y todas las prácticas de devoción, que la han de manifestar, han de estar cimentadas en estos postulados fundamentales. Las consideraciones propuestas por nuestro autor para los días del mes de junio hacen desfilar ante nuestros ojos la historia de Cristo vista en la intimidad y proyectada hacia una visión de eternidad y de profesión de unidad y trinidad de Dios. Como en un resumen maravilloso, el acto de consagración, penetrado de espíritu de contricción y reparación, que el Doctor Torras y Bages nos hace recitar todos los días, ofrece un paradigma de lo que debe ser la inteligencia vivencial y sapiencial de la devoción al Sagrado Corazón de nuestro Redentor: Soc vostre, oh bon Jesús, perque sou mon creador, perque desde tota la eternitat m’haveu portat dintre vostra intel·ligència com una criatura es portada per la mare; soc vostre perque m’haveu rescatat del poder del dimoni i m’haveu comprat pel preu de la vostre preciosíssima sang...

ANTONIO BRIVA, Pbro.

(1) “Venerando el amor de Dios en el Sagrado Corazón de Jesús practicas un acto de culto a la sustancia divina es decir, a la misma esencia de la divinidad: pues, cuando el entendimiento guiado e iluminado por la fe, se engolfa contemplando aquel mar de perfecciones, que llamamos Dios, descubre que en último resultado todas aquellas perfecciones vienen a ser como diferentes aspectos de un Amor inmenso, por lo cual el Apóstol San Juan dice que Dios es la caridad.

TRES ETAPAS EN LA DEVOCION AL SAGRADO CORAZON

Hace cosa de diez años, se me fue presentando al pensamiento un como esbozo de agrupación, así de varones como de mujeres; esta agrupación se me antojaba que había de ser aquella *legión de almas pequeñas, instrumentos y víctimas del Amor Misericordioso* de Dios, objeto de los deseos y de las esperanzas de Santa Teresita del Niño Jesús.

Estas almas por la luz que del cielo recibirían, tendrían una comprensión íntima de la devoción genuina al Corazón de Jesús y de los designios que ha tenido Jesús al pedirla. Estas almas arderían en celo de la gloria de Dios y de la salvación de las almas y conocedoras de la realidad, profundamente desengañadas de sus propias fuerzas y valer y también de la eficacia de los medios semihumanos y ordinarios, que nuestra pobre razón puede excogitar para hacer frente a las circunstancias y dificultades extraordinarias de nuestros tiempos, pondrían para su apostolado toda la confianza en el medio que el

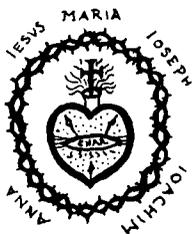
mismo Divino Redentor nos ha dado para vencerlas: la práctica y difusión de una sincera devoción al Sagrado Corazón de Jesús, según las normas y caminos que Jesús se ha dignado señalarnos.

Verdadera inteligencia de la devoción al Corazón de Jesús

Para mejor comprender lo que entendía yo por devoción sincera al Corazón de Jesús, convendrá indicar tres etapas por las cuales, desde que esta devoción se hizo pública y universal, se ha ido, a mi parecer, providencialmente desarrollando.

La primera la marcan las revelaciones de Paray-le-Monial; la segunda los escritos y las obras del P. Enrique Ramière; la tercera la difusión de los escritos y la propagación de la devoción de Santa Teresita del Niño Jesús.

1) La primera etapa es la de Paray; es la manifestación al mundo del Sagrado Corazón, de sus íntimos pen-



LA PRIMERA ETAPA ES LA DE PARAY...

"REINARE A PESAR DE MIS ENEMIGOS..."

"Porque algunos todavía ignoran y otros descuidan las quejas del amantísimo Jesús al manifestarse a Santa Margarita María de Alacoque, y lo que, para bien de los hombres, dijo esperar y querer de ellos, queremos, Venerables hermanos, hablaros del deber de la reparación que nos obliga para con el Sacratísimo Corazón de Jesús..."

"Entre las pruebas de la infinita benignidad de nuestro Redentor, brilla muy principalmente el que, enfriándose la caridad de los fieles, se nos presentó la caridad misma de Dios para ser honrada con un culto especial, y las riquezas de su bondad se manifestaron espléndidamente por aquella forma de piedad con que se venera el Sacratísimo Corazón de Jesús, en el que están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia (Coloss. II, 3). Pues, así como quiso Dios que al humano linaje, le apareciese, al salir del Arca de Noé, *el arco iris visible en las nubes*, como señal de pacto amistoso, del mismo modo en tiempos recientes y muy tormentosos, cuando serpeaba aquella herejía jansenista, la más astuta de todas, enemiga del amor de Dios y de la piedad... el benignísimo Jesús manifestó en alto a las naciones su Corazón Sacratísimo, como bandera de paz y de caridad, y como anuncio de victoria cierta en el combate."

Pfo XI, *Miserentissimus Redemptor*, 8 de mayo de 1928.

"La moderna devoción de la Iglesia al Corazón de Jesús está inseparablemente unida con Paray-le-Monial, y no puede entenderse, especialmente en su adecuación y trascendencia para nuestros tiempos, sin atender a las revelaciones hechas a Santa Margarita María de Alacoque."

"La devoción en que se pasaran en silencio estas revelaciones no sería ya la que la Iglesia nos propone en su liturgia y en los documentos pontificios."

Dirección general del Apostolado de la Oración. Diciembre de 1950.

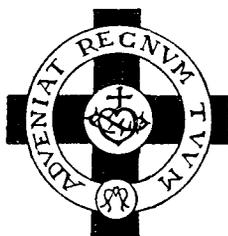
samientos, afectos y designios y de los tesoros de gracias de santificación y salvación que encierra y quiere derramar sobre los hombres; es la petición de parte de Jesús de un especial culto y devoción, que se tenga y se tribute a su Corazón de hombre y a su Corazón de Dios; es un quejarse Jesús amorosa, pero acerbamente de la ingratitud y ceguera de los hombres, que corresponden a su amor con olvido, desvíos, menosprecios e injurias, y no quieren recibir los beneficios y gracias, que Él anhela concederles; pero además es una verdadera profecía de que Él reinará en el mundo a pesar de sus enemigos y esto porque por esta nueva redención destruirá el imperio de Satanás y sobre las ruinas del mismo levantará el imperio de su Amor.

Esta primera manifestación es por cierto atrayente, alentadora y llena de amor; pero en los escritos de Santa Margarita María aparece como sobre un fondo de austeridad y aparente dureza; es una revelación de Dios en su *Santidad de Amor* y en su *Santidad de Justicia*, que mal entendida puede dar ocasión a que las almas débiles y enfermizas de nuestros días se arredren y queden dudosas y perplejas.

2) La segunda etapa, considero yo que la marcan

los escritos y las empresas del P. Enrique Ramière (del santo Padre Ramière, como le llamaba el P. Gignac). Los escritos: Apostolado de la Oración, Esperanzas de la Iglesia, Reinado social de Jesucristo, Divinización del Cristiano, etc.; las empresas: Apostolado de la Oración y Liga del Corazón de Jesús, Mensajeros del Sagrado Corazón, Consagración individual y Social al Corazón de Jesús. La entronización difundida por los PP. de los Sagrados Corazones, según declaración Apostólica, no se distingue sustancialmente de la Consagración propagada por el P. Ramière.

Todos los escritos y todas las obras del P. Ramière no son sino un desarrollo de lo que ya en germen se contenía en los escritos de Santa Margarita María; pero el P. Ramière, buen conocedor de las dificultades y peligros de nuestros tiempos, lleno por una parte de celo y de caridad verdadera y por otra del sentimiento de la impotencia de los esfuerzos humanos; pertrechado con una buena provisión de ciencia teológica y social, y sin duda dirigido y llevado del Espíritu de Dios, propone todo un sistema de ciencia espiritual y de sociología sobrenatural. Este sistema puede reducirse a pocas verdades fundamentales y aun cifrarse en dos principios, que



LA SEGUNDA ETAPA LA MARCAN LOS ESCRITOS Y LAS EMPRESAS DEL P. ENRIQUE RAMIÈRE...

ADVENIAT REGNUM TUUM!

"Por las maquinaciones de los impíos se llegó en la época precedente y en la nuestra, a rechazar la soberanía de Cristo nuestro Señor y a declarar públicamente la guerra a la Iglesia, y se gritó en las Asambleas: «No queremos que Éste reine sobre nosotros». Por esto, la voz de todos los amantes del Corazón de Jesús clamó unánime oponiendo enérgicamente, para vindicar su gloria y defender sus derechos: «Es necesario que Cristo reine. Venga a nosotros tu Reino». Y fue consecuencia de esto el que todo el género humano..., fuese consagrado al comienzo de este siglo al Sacratísimo Corazón...

"Lo que entonces se comenzó fue completo y perfeccionado cuando al término del Año jubilar (1925) instituímos la fiesta de Cristo Rey. Al hacer esto no sólo proclamamos el supremo imperio de Jesucristo sobre todas las cosas, sobre la sociedad civil y la doméstica y sobre cada uno de los hombres, sino que anticipamos el gozo de aquel día faustísimo en que el mundo entero obedecerá voluntaria y amorosamente a la suavísima dominación de Cristo Rey."

Pío XI, *Miserentissimus Redemptor*, 8 de mayo de 1928.

"Cuán rectamente sintió, pues, el P. Enrique Ramière, que con esfuerzo incansable, y con lenguaje claro y enérgico, enseñó y proclamó:

"VENGA EL REINADO SOCIAL DE JESUCRISTO POR LA DEVOCION A SU CORAZON SANTISIMO.

"También en nuestros tiempos, cuando el materialismo y el naturalismo producen abundantemente sus frutos amarguísimos, es preciso que se despierte entre los católicos un gran movimiento sobrenatural que tienda con todas las fuerzas a esto: a que se instaure el Reinado social de Jesucristo por la devoción a su Sagrado Corazón.

"¡Es ésta la misión y el deber suavísimo del Apostolado de la Oración!"

Dirección General del Apostolado de la Oración. Enero de 1949.

son: el primero, el Corazón de Jesús es el centro de toda vida cristiana y espiritual, por ser fuente y origen de todas las gracias y dones que Dios hace al hombre, de todos los beneficios que le otorga en orden a su santificación y *divinización*; el segundo: El Corazón de Jesús es principio único y divinamente eficaz de toda restauración y renovación social en el reinado de su Amor.

Lógica consecuencia de lo dicho es que todo el esfuerzo del P. Ramière, así en sus escritos como en sus empresas, vaya ordenado a acercar a los hombres a Cristo y a su Corazón sagrado por la oración humilde y fervorosa y por la consagración o entrega sincera, consciente y amorosa de sí y de sus cosas; y esto se empeña en que lo hagan no sólo como individuos, sino también como miembros de la familia y de la sociedad a que pertenecen, para que en ellas reine Cristo.

El P. Ramière, profundo sociólogo, ve al mundo abocado a una catástrofe que tiene por humanamente inevitable; pero cree firmemente que Dios la puede evitar y aun para el caso que Dios la permitiera, estima como prenda segura de una subsiguiente espléndida restauración, la devoción al Sagrado Corazón y las promesas a ella vinculadas.

Nótese que en la doctrina del P. Ramière es sustancial la relación íntima que descubre entre la devoción al Corazón de Jesús, tesoro y fuente manantial de todas las gracias y la devoción a la Persona Divina del Espíritu Santo, Gracia increada, como dicen los teólogos, Don primordial e infinito de Dios, que recibimos en la justificación y en la santificación. Esta relación que abiertamente hace resaltar el P. Ramière, la vemos ya insinuada en las revelaciones de Paray.

También es muy de considerar en la doctrina espiritual y social de P. Ramière, la intervención que atribuye en la obra de la santificación de las almas y en la realización de los planes salvadores de Jesús a su Madre y Madre nuestra María Santísima. La presenta de una manera precisa como medianera entre Dios y los hombres en la dispensación de la gracia.

3) En la forma que tiene Santa Margarita María de proponer la devoción al Corazón de Jesús y aun en su mismo estilo, hay un no sé qué de heroísmo y austeridad, que bien podría ser que arredrara a no pocas almas enfermizas y pusilánimes de nuestros días.

En los libros del P. Ramière se encierra una tal luz y profundidad de doctrina, que bien pudiera no estar al



LA TERCERA ETAPA LA MARCA LA DIFUSIÓN DE LOS ESCRITOS Y LA PROPAGACIÓN DE LA DEVOCIÓN DE SANTA TERESITA DEL NIÑO JESÚS...

**ES EL EVANGELIO MISMO, EL CORAZÓN DEL EVANGELIO,
LO QUE HA VUELTO A HALLAR**

“Cuando los pueblos y las clases sociales se desafían o se enfrentan por la preponderancia económica o política, Teresa del Niño Jesús aparece con las manos vacías: fortuna, honor, influencia, eficacia temporal, nada le atrae, nada la retiene, sino sólo Dios y su Reino. Pero en desquite, el Señor la introduce en su casa, le confía sus recretos; Él le ha revelado todas estas cosas que encubre a los sabios y poderosos. Y ahora, después de haber vivido silenciosa y oculta, *he aquí que habla, he aquí que se dirige a toda la Humanidad*, a los ricos y a los pobres, a los grandes y a los humildes. Y les dice con Cristo: *Entrad por la puerta estrecha...*”

“La puerta, estrecha en verdad, pero accesible a todos, es la de la humildad. Teresa del Niño Jesús, que por ella entró en el paraíso, se mantiene en el umbral, los brazos cargados de rosas, y muestra su «caminito de infancia». *Es el Evangelio mismo, el corazón del Evangelio mismo, lo que ha vuelto a hallar, mas con qué atractivo, con qué frescor.* «Si no os volvéis como niños, no entraréis en el Reino de los cielos». No os apoyéis, pues, en la fuerza, el dinero, la inteligencia y todos los demás recursos humanos. *Buscad lo único necesario. Aceptad el yugo del Señor, suave y ligero, reconoced su soberano dominio sobre vuestras personas, vuestras familias, vuestras sociedades, vuestras naciones.* Acoged su ley de mutua ayuda fraternal y conoceréis la paz y la tranquilidad. Renunciando a los apoyos ilusorios de una civilización completamente material, hallaréis la verdadera seguridad que Dios da a los que no adoran más que a Él.”

Radiomensaje de S. S. Pío XII. 11 julio 1954.

alcance de no pocas inteligencias débiles, de no pocos espíritus anémicos y apocados.

A estas almas pobres y débiles, miopes y enfermizas, quiere que llegue también su llamamiento misericordioso el bondadoso Corazón de Jesús, que invita a su banquete a los ciegos, cojos, etc., y les sana como médico Divino. Como mensajera de sus misericordias inefables con estas almas débiles y *pequeñas* envía el misericordioso Jesús a Santa Teresita, para que reciban aliento, luz y confianza los pobres enfermos de espíritu tal vez menospreciados o desahuciados de sus maestros y médicos.

Todo el fondo de santa austeridad y severidad de Santa Margarita María, toda la elevación y profundidad de doctrina, de anhelos, de esperanzas del P. Enrique Ramière, podrá descubrir en los breves y fragmentarios escritos de la Santita de Lisieux quien lea una y otra vez sus palabras, humilde y amorosamente. Mas, reparte ella sus enseñanzas y exhortaciones como envueltas y empapadas en su sonrisa angelical, que es de tal sencillez y agrado, que parece un reflejo viviente y sensible de la ternura del Corazón de Jesús para con los pequeñuelos. Por otra parte, sus enseñanzas van propuestas con tan sencilla llaneza y claridad transparente, que no hay espíritu, por poca cosa que sea, que no pueda hallar allí su alimento acomodado, luz que le guíe y no le ciegue. Y así son incontables las almas, antes decaídas y acobardadas, que atraídas y alentadas por el atractivo celestial de la Santa y lo consolador de su doctrina, han cobrado alientos increíbles para subir por el *ascensor* de la humilde y suave confianza hasta la más elevada cumbre del amor de sacrificio; desde el humilde y sencillo sentimiento de su nada y de su impotencia, por el camino de la *infancia espiritual*, sembrado de *rosas con espinas*, hasta la entrega eficaz, perfecta y absoluta de sí al Amor Misericordioso de Dios.

Santa Teresita no sermonea incesantemente sobre la utilidad y necesidad de la devoción al Corazón de Jesús; tampoco teoriza sobre los principios dogmáticos y espirituales en que tal devoción se funda. Pero de la lectura de sus escritos nace espontáneamente en el alma, tan santa, dulce y salvadora devoción, porque el espíritu verdadero de la misma unge y embalsama sus palabras y en ellas el alma que antes no conocía al Amor, lo siente, lo ve y lo gusta.

Las almas tibias y sutilmente sensuales cogerán quizás de las enseñanzas de la Santa sólo las flores, con que las

cubre y así distarán mucho de su espíritu, pensando que lo conocen y poseen; pero las almas débiles y humilladas, no; éstas encontrarán en las palabras de la Santa lo que antes tal vez buscaban en balde, el remedio de sus males: el Amor Misericordioso del Corazón de Jesús.

Allí conocerán con nueva luz a María, Madre de Gracia y de misericordia; allí de una manera singular al Espíritu de Dios, al *Espíritu de Amor*, como suele hablar la Santa, en el cual llamamos a Dios, Padre. De esta manera el alma se embeberá en estas devociones que son fondo y complemento de la devoción al Corazón de Jesús.

Por lo dicho se entenderá cómo concebía yo el espíritu y la formación de los que formaran la *legión*. Penetrados íntimamente del valor espiritual y social de las Revelaciones de Paray, no vacilarían un punto en aceptar como principal medio de su propia santificación y también de su apostolado el cumplimiento interno y externo, fervoroso y exacto, de los encargos y peticiones que en ellas hace el Sagrado Corazón ni en esforzarse en vivir del espíritu que las anima ni en poner siempre ante los ojos el ideal sublime que las impulsa y dirige. Encariñados con las gracias y luces que Dios ha derramado en Santa Teresita y en sus escritos y amaestrados por la experiencia de la virtud espiritual que en ellos se encierra, imitarían su manera de practicar y propagar el espíritu verdadero de la Devoción y de alentarse y esforzarse con sus promesas.

Por fin, no contentándose en cuanto les fuera dado, perezosamente, con la fe del carbonero, procurarían comprender humilde y amorosamente, con el P. Ramière, por qué el Corazón de Jesús es el centro del dogma cristiano y de la vida espiritual y por qué su devoción ha de ser la tabla de salvación en el diluvio de males que nos amenaza y ahoga. Sabrían que no es algo accidental, sino en absoluto esencial en nuestros días el invocar y rendir homenaje a Cristo como Rey de las almas y de los pueblos; la trabazón íntima e indestructible entre la devoción a Cristo Rey y la devoción al Sagrado Corazón, etc., y otros puntos puestos en claro en los escritos del Padre y según estos conocimientos y convicciones más o menos íntimas y profundas, según la capacidad de cada persona y la luz que el Señor le comunicare, determinarían sus miras e impulsarían su acción.

RAMÓN ORLANDIS, S. I.

LA FIESTA DE CRISTO REY DESPUÉS DE LA ENCÍCLICA "HAURIETIS AQUAS"

Como agua de mayo esperaban los buenos hijos de la Iglesia, Sacerdotes, Religiosos y Fieles, y también los Pastores de la Grey de Cristo, los Obispos, una palabra clara, orientadora y terminante del Papa sobre el Culto y Devoción al Sagrado Corazón de Jesús.

Eran tantas, tan atrevidas y equivocadas, y juntamente tan insidiosas y falaces, las cosas que se iban esparciendo como reparos, objeciones, recelos, prejuicios y hasta acusaciones contra esta forma de piedad cristiana, que se había engendrado ya la desorientación y el confusionismo. A los que tales especies propalaban se les puede atribuir lo que en el Salmo II, "Contra las lenguas dolosas", pone David en boca de los que fiándose de su propio juicio y ciencia, y procediendo con independencia funesta respecto de Dios y de sus representantes, se arrojan a decir: "Haremos triunfar nuestra lengua; contamos con nuestros labios; ¿quién puede ser nuestro amo?" La cizaña había cundido en el campo de la Iglesia. Se hacía necesario que desde la Cátedra suprema de la verdad, se dijese la verdad, toda la verdad, acerca del Culto y Devoción al Corazón Santísimo de Nuestro Redentor y Salvador.

Y el Vicario de Cristo, guiado por el Espíritu Santo, ha hablado a toda la Iglesia; y nos ha dicho lo que deseábamos y necesitábamos. Fue el Papa a las fuentes del Salvador; y sacó de ellas con gozo el agua saludable que como agua de mayo (fue precisamente en mayo de 1956) derramó sobre la tierra sedienta, mostrándonos al mismo tiempo a todos nosotros esas mismas fuentes, para que vayamos a ellas, y saquemos con gozo agua saludable de doctrina y de vida.

Toda una Encíclica, la que comienza con las palabras "Haurietis aquas", Encíclica extensa, profundamente sólida y diáfana lúmina, ha dedicado el Sumo Pontífice Pío XII a la exposición de los fundamentos del Culto al Sagrado Corazón de Jesús. Eso era lo que la Iglesia pedía; y eso es lo que el Papa le ha dado: la fundamentación incommovible de la doctrina y de la práctica de este Culto providencial, en la misma Revelación divina, tal como Jesucristo la dio a su Iglesia, y Ella la conserva como depósito sacratísimo en los Libros inspirados del Antiguo y del Nuevo Testamento y en la Tradición Apostólica; y con su infalible Magisterio la interpreta y la enseña a todos los hombres.

Las objeciones han quedado rebatidas; los prejuicios, disipados; las acusaciones, deshechas. Y aquellas sombras de desestima o de menor aprecio de este Culto que iban entenebreciendo a no pocas almas, y que procedían del desconocimiento de la verdadera naturaleza, del al-

tísimo y amplísimo objeto, y de los preciosísimos frutos de este Culto, han huido ante el resplandor de la luz que ha encendido el Papa en lo más alto de la Iglesia para que todos quedásemos iluminados por el brillo sereno y vivísimo de esa luz.

Quien lee atentamente toda la Encíclica, y sigue paso a paso el pensamiento del Papa y los argumentos que aduce para probar todo lo que afirma; quien no habiendo perdido el hilo de oro que engarza por manera maravillosa las diferentes Partes, párrafos e incisos del soberano Documento, y llega así a la última página, se encuentra con que inmediatamente antes de la despedida que nos da el Papa con su Bendición Apostólica, hay un párrafo que de momento es una sorpresa. En efecto, más de un lector se queda sorprendido al ver de qué manera termina el Papa su Encíclica sobre los fundamentos del Culto al Sacratísimo Corazón de Jesucristo. Parece a primera vista una terminación inopinada o no esperada. Pero si recordando todas las enseñanzas de la Encíclica y uniéndolas en la magnífica síntesis con que Pío XII las ha presentado, considera el atento lector lo que el Papa dice en este último párrafo, y por qué lo dice, cae en la cuenta de que este párrafo no es tan sólo el último párrafo, la terminación del Documento, como podía haber sido otra cualquiera; sino que es la meta a donde todo lo demás se dirige, el fin de todas las anteriores enseñanzas, la conclusión lógica de las premisas establecidas en el decurso de la Encíclica. He aquí el texto de este párrafo final:

"Entre tanto, animados de la más dulce esperanza, y presagiando ya los frutos espirituales que confiamos han de brotar copiosamente en la Iglesia, del culto al Sagrado Corazón de Jesús — si se le entiende rectamente en la forma que hemos explicado y se lo practica con fervor —, elevamos humildemente a Dios nuestras plegarias para que con el auxilio poderoso de su gracia, quiera secundar benigneamente nuestros más vivos deseos, y hacer con su ayuda que las conmemoraciones de este año acrecienten cada vez más la devoción de los fieles al Sagrado Corazón de Jesús, y se extienda de este modo por todo el mundo su imperio y su reino suavísimo: reino de verdad y de vida, reino de santidad y de gracia, reino de justicia, de amor y de paz."

Es, pues, clarísimo el pensamiento del Papa: la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, cuando se la entiende bien y se practica con fervor, es el gran medio para lle-

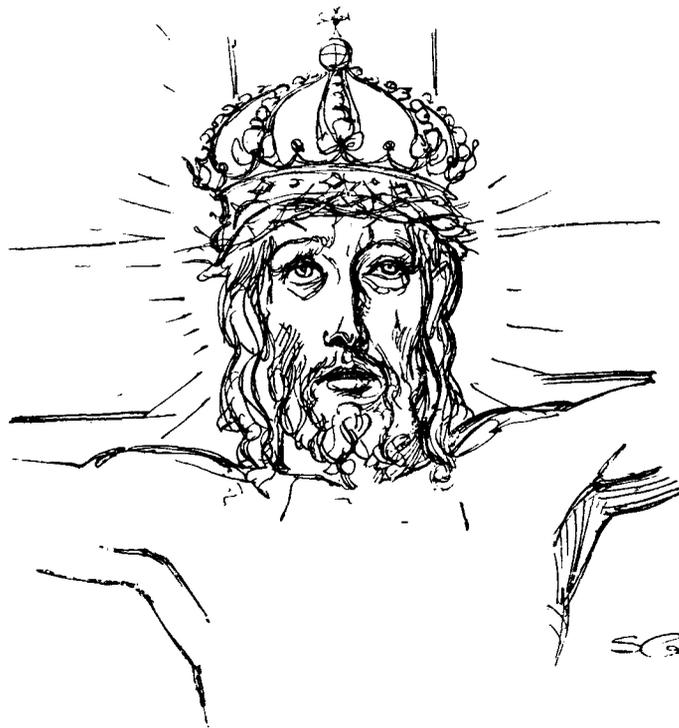
gar al Reino de Cristo, y para que este Reino se extienda por todo el mundo; es decir en las almas primero, y después en las familias y en las sociedades. La extensión del Reino de Cristo es el resultado lógico, la finalidad dichosísima de la verdadera devoción al Corazón Santísimo de Nuestro Redentor. ¿Se podría haber consagrado de manera más explícita y solemne el lema y la aspiración suprema de la Revista CRISTIANDAD: "Al Reino de Cristo por la devoción a los Sagrados Corazones de Jesús y María", ya que el Papa nos las presenta y recomienda indisolublemente unidas, como lo han estado siempre ambos Corazones?

Pero ¿cuál es el nexo lógico que une la devoción al Sagrado Corazón de Cristo con la extensión de su Reino, para que se pueda afirmar que aquella devoción es el gran medio para este Reino, y que la extensión de él es el resultado y como consecuencia de aquella devoción?

Nos lo dice el mismo Sumo Pontífice en uno de los pasajes más excelentes y luminosos de su Encíclica, en el que hacía el final de ella, y antes inmediatamente de exhortarnos a que demos también culto al Corazón Inmaculado de María para que la devoción al Corazón de Jesús produzca más copiosos frutos, nos habla así:

Finalmente, deseando con todo empeño oponer una firme barrera a las impías maquinaciones de los enemigos de Dios y de la Iglesia, como también hacer volver las familias y las naciones al amor de Dios y del prójimo, *no dudamos en proponer la devoción al Sagrado Corazón de Jesús como la escuela más eficaz de la caridad divina*; de esa caridad divina sobre la cual es necesaria que se cimente el Reino de Dios en el alma de cada individuo, en los hogares y en las naciones, según lo enseñó sabiamente nuestro mismo predecesor (León XIII) de piadosa memoria, con estas palabras: "El Reino de Cristo recibe su fuerza y su estructura de la caridad divina, ya que *su fundamento y su síntesis consiste en amar santa y ordenadamente*; de aquí fluye espontáneamente todo lo demás: el cumplimiento fiel de las obligaciones, el no perjudicar en nada los derechos ajenos, el estimar las cosas humanas como inferiores a las celestiales, y el anteponer el amor de Dios a todas las cosas (Enc. «Tametsi futura», 1900)".

Así que el raciocinio de Pío XII en su Encíclica "Haurietis aquas" no puede ser ni más claro ni más concluyente. Se puede expresar resumidamente en esta forma: 1.º El objeto de nuestro culto al Sagrado Corazón de Jesús es *todo el amor* del Divino Redentor a los hombres; el amor humano, no sólo el sensible, sino también el racional; y el amor divino, el del Verbo, que es amor común a las otras dos Divinas Personas, el Padre y el Espíritu Santo; y toda esta inefable caridad, la de la Trinidad Augustísima la de la Sagrada Humanidad de Cristo, expresada en el símbolo y manifestación del Corazón Sagrado de Jesús; 2.º A este amor de caridad con que



hemos sido amados, hemos de corresponder nosotros con un amor que sea retorno e imitación del amor con que nos ama la Trinidad Santísima y el Verbo de Dios hecho Hombre; y nuestra devoción al Sagrado Corazón de Jesús no es otra cosa que el ejercicio de ese amor de retorno o correspondencia, y de imitación en la entrega a la Voluntad del Señor, hasta hacernos un mismo espíritu con Dios por la unión de nuestra voluntad con la divina; 3.º Por lo mismo la devoción al Corazón de Jesús es la escuela más eficaz de la caridad divina, con la que amamos a Dios por Él mismo, y al prójimo por Dios; 4.º Esta caridad divina en nosotros es la que da fuerza y estructura al Reino de Cristo, ya que el fundamento y la síntesis de este Reino es amar santa y ordenadamente. Por consiguiente nuestra devoción al Corazón de Cristo nos lleva suave y eficazmente, como ninguna otra cosa, a promover en nosotros y a difundir y extender en los demás el Reino de Cristo.

Toda esta doctrina acerca de la íntima relación entre nuestra devoción al Corazón Divino y el Reino de Cristo, relación de medio excelente y preeminente a fin, relación de preparación la más eficaz a resultado el más excelso, contribuirá en adelante a dar nueva y esplendorosa luz a la Fiesta de Cristo Rey, el cual lo es por el amor divino y humano de su Corazón, y ha establecido su Reino fundándolo y sintetizándolo en el orden del amor santo con que le correspondemos a Él. Después de la Encíclica "Haurietis aquas" podemos celebrar la Fiesta de Cristo Rey con más conocimiento de Él y de su Reinado, con las mejores disposiciones si fomentamos en nosotros y en los demás la devoción al Corazón de Jesús

como el Papa nos la ha enseñado, y con más copiosos y perennes frutos al ver que logramos llegar por la devoción al Corazón de Cristo a la extensión del Reino de Cristo.

Esta admirable doctrina, y en especial lo que Pío XII nos enseña con León XIII de que “el Reino de Cristo recibe su fuerza y su estructura de la caridad divina, ya que su fundamento y su síntesis consiste en amar santa y ordenadamente; y que de aquí fluye espontáneamente todo lo demás...”, no es nueva en la Iglesia; es la tradicional, es la de todos los siglos cristianos. Baste para probarlo, un testimonio, el del Doctor Eximio de la Iglesia, San Agustín. Extendamos nuestras alas para seguir en su vuelo al Águila de Hipona.

En el capítulo 22 del Libro XV de su inmortal obra “De Civitate Dei”, expone San Agustín uno de los hechos más trascendentales en la historia de la Ciudad de Dios en su relación con la Ciudad terrena: el haberse entremezclado y confundido funestamente ambas Ciudades en los tiempos anteriores al Diluvio. Veamos, resumidamente, cómo lo expone el gran Doctor.

Vivía y crecía en tranquila y fecunda paz la Ciudad de Dios, formada por los descendientes de Seth, a los que la Sagrada Escritura llama con hermosa y muy propia apelación “los hijos de Dios”. Y vivía también, y crecía, pero precipitándose cada vez más en los más nefandos vicios, la Ciudad terrena, formada por los descendientes de Caín, a los que llama el Texto Sagrado con nombre muy adecuado “los hijos de los hombres”. Una y otra ciudad vivía sin confundirse; y no es que los descendientes de Seth y los de Caín viviesen en poblados diversos y distantes; sino que habitando las mismas poblaciones, seguían “los hijos de Dios” su santo camino, adorando al único verdadero Dios, conservando fielmente la Revelación primitiva, y sin contagiarse con los pensamientos y las costumbres de “los hijos de los hombres”.

La garantía más segura y la salvaguarda más sólida de esta separación moral entre ambas Ciudades era la norma invariable de no contraer matrimonio los descendientes de Seth con los de Caín. Se casaban tan sólo hijos de Dios con hijas de Dios, e hijos de los hombres con hijas de los hombres. ¡Lección admirable de inmunidad moral para todos los tiempos! Y también ¡lección terrible con lo que desgraciadamente sucedió entonces! Porque así como la perdición de toda la familia humana provino de la primera mujer, que se dejó seducir por Lucifer, oculto bajo la figura de una serpiente, de parecido modo las hijas de los hombres sedujeron a muchos hijos de Dios; y éstos se dejaron seducir por ellas. Lo dice el texto sagrado con esta lacónica y expresiva frase: “Viendo los hijos de Dios que las hijas de los hombres eran bellas, se procuraron esposas de entre todas las que más les placieron” (Gen., 6, 2). Y éste fue el comienzo de todos los males en la Ciudad de Dios.

Oigamos a San Agustín: “Este mal tuvo su origen en el sexo femenino; mas no de aquella forma del principio (es decir, en el Paraíso); pues no fue por engaño de na-

die cómo aquellas mujeres persuadieron la unión matrimonial a aquellos varones; sino que las jóvenes que eran de malas costumbres, y vivían en la terrena Ciudad, esto es, en la sociedad de los que viven terrenamente, fueron amadas por los hijos de Dios, es decir por los ciudadanos de la otra Ciudad, la que va en peregrinación hacia la eterna del cielo. Y esto fue por la hermosura corporal; la cual es un bien, y ciertamente don de Dios; pero lo da Él también a los malos para que no parezca un bien grande a los buenos. Abandonando, pues, aquellos varones el bien grande, propio y exclusivo de los buenos, resbalaron hasta caer en el bien mínimo, que no es propio de los buenos, sino común a buenos y malos. Y así los hijos de Dios fueron cautivados por el amor de las hijas de los hombres; y para disfrutar de ellas como de esposas, se contagiaron con las costumbres de la sociedad terrestre, dejando la piedad que conservaban antes en la sociedad santa. De esta manera la hermosura del cuerpo, bien ciertamente hecho por Dios, pero bien temporal, carnal, íntimo, fue malamente amado, al ser pospuesto Dios, eterno, interno, sempiterno. Bien; que así como abandonada la justicia, es amado el oro por los avaros, no con pecado alguno del mismo oro, sino del hombre, así sucedió entonces. Y de este modo procede toda criatura, la cual siendo buena en sí, puede ser amada bien o mal; bien, digo, si se observa el orden; mal, si el orden es perturbado. El Criador ciertamente si es amado de veras, es decir si Él mismo, no otra cosa en vez de Él, que no sea Él, es amado, no puede ser mal amado. Y esto porque el mismo amor ha de ser amado ordenadamente, con lo cual se ama bien lo que se debe amar, para que de esta manera haya en nosotros la virtud con la que la vida es moralmente buena. De donde a mí me parece que la definición breve y verdadera de la virtud es ésta: “Ordo est amoris”; la virtud es el orden del amor. Por lo cual en el santo Cantar de los Cantares canta la Esposa de Cristo, la Ciudad de Dios, a su Esposo Cristo: “Ordinavit in me caritatem” (Cant. 2, 8). Perturbado, pues, el orden de esta caridad, es decir, de la dilección, del amor, despreciaron a Dios los hijos de Dios, y amaron a las hijas de los hombres.”

Larga ha sido al cita, pero enteramente a propósito para nuestro caso. Y más si tenemos en cuenta lo que el mismo San Agustín nos enseña antes de este pasaje en los capítulos 12 al 14 del Libro XIV de la misma obra, cuando nos dice que si bien la humildad es la raíz de todo bien y de toda virtud, como la soberbia es el principio y raíz de todo mal, de todo pecado, hay que notar que la raíz de la humildad da su precioso fruto porque se nutre con el agua saludable del orden en el amor, el amor ordenado, mientras que la raíz de la soberbia da su fruto nefasto porque se nutre del agua infecta y venenosa del desorden en el amor, el amor desordenado.

Y realmente, como enseña el mismo Santo Doctor, cuando soberbiamente quebrantamos la voluntad de Dios, haciendo lo que Él nos prohíbe o no haciendo lo que nos manda, es porque antes hemos antepuesto nuestro pro-

pio amor al de Dios, complaciéndonos en hacer nuestra propia voluntad, aun en contra de la de Dios; y, viceversa, cuando nos sometemos humildemente a la divina voluntad, haciendo lo que nos manda y evitando lo que nos prohíbe, es porque ya antes hemos antepuesto el amor de Dios al nuestro, complaciéndonos en hacer la santísima voluntad divina, norma de toda rectitud virtuosa.

Por esto mismo pudo concluir San Agustín estas enseñanzas con aquella expresión genial: "Dos amores hicieron dos Ciudades: es decir, el amor propio hasta el desprecio de Dios hizo la Ciudad terrena; y el amor de Dios hasta el desprecio propio hizo la Ciudad celeste" (De Civ. Dei, 1, XIV, c. 28).

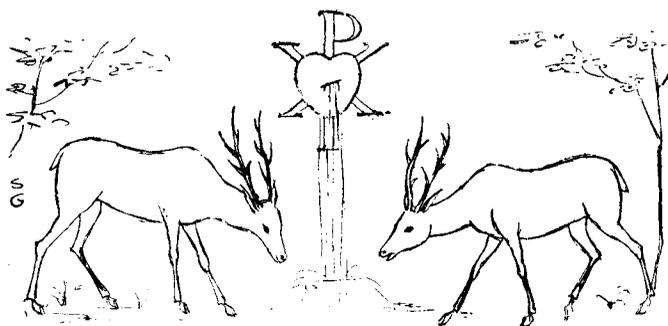
Esta Ciudad celeste no es otra que el Reino de Cristo; y Él su Rey divino y humano, Rey por su Corazón. Y por lo tanto al estar fundado el Reino de Cristo en el orden

del amor, y siendo este amor santo y ordenado la síntesis de lo que podemos llamar su "Constitución orgánica", bien podemos decir con el Papa Pío XII que la verdadera devoción al Sagrado Corazón de Jesús, al ser la más eficaz Escuela de este amor santo y ordenado, es el mejor medio, la más excelente preparación para que perteneciendo cada uno de nosotros dignamente al Reino de Cristo, con el alma puesta en el santísimo y ordenadísimo amor del Corazón de Él, y ardiendo nuestro corazón en un amor que sea retorno e imitación del de Él, nos esforcemos también en extender su Reinado, y para ello en propagar la genuina devoción a su Sagrado Corazón.

Será la mejor manera de celebrar la Fiesta de Cristo Rey, a la luz de la Encíclica "Haurietis aquas".

ROBERTO CAYUELA, S. I.

CRISTIANDAD, núm. 325, año 1957.



En el próximo número informaremos ampliamente a nuestros lectores acerca del Congreso Internacional sobre el culto al Sagrado Corazón de Jesús, que este mes de octubre tiene lugar en el Tibidabo de Barcelona.

También publicaremos un documentado estudio histórico sobre la introducción en España del Apostolado de la Oración.

LITERATURA DE LA EPOCA ROMANICA

II. *Los poetas de las universidades, y los goliardos.*

Tres nombres, el de Pietro Damiani, el de Lanfranco de Pavía y el de San Anselmo, constituyen en Italia la síntesis, el trasunto, de las corrientes ideológicas y espirituales de la segunda mitad del siglo XI.

Cuando el primero componía las vigorosas tercinas del "De die mortis":

Gravi me terrore pulsas, vitae dies ultima,
moeret cor, solvuntur renes, laesa tremunt viscera,
tui specie dum sibi mens depingit anxia.

Torquet ipsa reum suum mordax conscientia,
plorat acta corrigendi defluxisse tempora;
plena luctu, caret fructu sera poenitentia,

empezaban a respirarse ya en Europa las auras de un tiempo nuevo, época inquieta, dinámica, llena de vitalidad, floreciente y esplendorosa cuyo único signo aglutinante no sería quizá otro que el predominio de la Iglesia que había salido victoriosa de la lucha de las investidas y acertaba a imponer su sabia dirección a todo el orbe civilizado.

El centro de aquel gran movimiento europeo fue Francia. El estudio de París, las escuelas de Chartres, de Orleans, de Cluny, o la abadía de San Víctor, constituían centros literarios y culturales de primera calidad. Pero, si el movimiento arrancaba de Francia, de Alemania y de Italia, no les quedaba ciertamente a la zaga Inglaterra regada por el influjo benéfico de la invasión normanda, ni los países periféricos que, como Hungría y Bohemia, se sumaban al rebrotar esplendoroso de la poesía y el pensamiento de la Cristiandad.

Nacieron entonces los poemas heroicos, las epopeyas caballerescas, escritas en las lenguas vulgares, en el romance que, en los caminos, en las plazas, calles o salas de los castillos, empezaba a cobrar conciencia de su personalidad; pero ello no era óbice para que continuara floreciente el cultivo del latín, y desde la Historiografía a la Lírica, de las narraciones en prosa al teatro, los géneros literarios pagaron tributo a aquella lengua madre y eclesial.

Junto a la formidable falsificación del pseudo Turpín, la "*Historia Karoli Magni*", inspirada en la Chanson de Roland, se registran obras como la *Historia* latina de Guillermo de Tiro o el *Dolopathos* del monje Juan de Alta Silva.

Característico ejemplo de novela medieval, enredada en brazos de una exaltada fantasía, nos habla esta obra de cierto rey siciliano, *Dolopathos*, emparentado con Augusto, que en una de las ciudades de su reino construye un palacio llamado Palermo, con tantas puertas

como días tiene el año. Su hijo Licinio, a quien el monarca esperó ilusionado, se educa en Roma junto a Virgilio, instruyéndose en las artes liberales y suscitando, por el caudal de sus conocimientos y por la vivacidad de su ingenio, la envidia de los ancianos que intentan desbarazarse de él.

Por un extraño fenómeno, un cambio en el aire, conoce después de un desvanecimiento, que su madre ha muerto, que su padre ha vuelto a contraer matrimonio y quiere llamarlo a la patria. Sufre allí la injusta persecución de la madrastra, de la cual sale victorioso gracias a la intervención maravillosa de Virgilio, que entra en escena llevado por un pájaro poderoso. Licinio, que, muerto su padre, reina hasta la época de Tiberio, instruido por un apóstol que le narra la historia de Barlaam y Josafat y le expone la teoría del libre albedrío y del pecado original, se convierte al cristianismo y recibe las aguas bautismales.

Andreas Cappellanus, autor de un tratado "De amore", se convierte en el expositor del código del amor caballeresco, mientras Pietro Abelardo, famoso por sus amores con Eloísa, compone himnos religiosos, como aquel para la víspera del sábado, donde canta los júbilos y glorias de los sábados eternos celebrados en el cielo:

O quanta, qualia sunt illa sabbata,
quae semper celebrat superna curia!
Quae fessis requies, quac merces fortibus,
cum erit omnia Deus in omnibus...

O el luminoso "Himno para la Pascua":

Christiani, plaudite,
(resurrexit Dominus!),
victo mortis principe,
Christus imperat;
victori occurrite,
qui nos liberat...

Figura cumbre de la época, San Bernardo de Claraval, autor de bellísimas homilias, comentador inspirado del "Cantar de los Cantares", propugna una doctrina mística fundada en la necesidad de amar a Dios por sí mismo, a través del amor a su Hijo Jesús. En su obra se inspiran algunas poesías, atribuidas a él durante siglos, que le han sido discutidas y arrebatadas por el rigor científico de la crítica moderna. Pero ello no supone tacha, ni mancha la limpidez de su donosura espiritual. Célebre es la titulada "Tubulus rhythmicus de nomine Jesu":

Jesu, dulcis memoria,
dans vera cordi gaudia,
sed super mel et omnia
eius dulcis praesentia.

Nil canitur suavius,
auditur nil iucundius,
nil cogitatur dulcius
quam Jesu Dei Filius...

Se inspira en sus comentarios al "Cantar" una poesía anónima, de intenso perfume místico:

Tandem audite me,
Sionis filiae!
aegram respicite,
dilecti dicite;
amore vulneror,
amore funeror...

.....

An amor dolor sit,
an dolor amor sit,
utrumque nescio;
hoc unum sentio,
iucundus dolor est,
si dolor amor est.

Con las *secuencias* de Adán de San Víctor, y de su escuela, la lírica religiosa del siglo XII, que con Pedro el Venerable había cantado a borbollones la Navidad ("Caelum gaude, terra, plaude, — nemo mutus sit a laude, — ad antiquam originem — redit homo per virginem"), alcanza sus cimas más puras. Ya se cante al patrono de los navegantes, San Nicolás:

O beate Nicolae,
nos ad portum maris trahe
de mortis angustia;
trahe nos ad portum maris,
tu qui tot auviliaris
pietatis gratia;

ya se celebre la festividad pascual:

Mors et vita confluxere,
resurrexit Christus vere,
et cum Christo surrexere
multi testes gloriae;

ya se cante, en una de las *secuencias* más hermosas, la *Natividad* de la Virgen:

Salve, mater Salvatoris,
vas electum, vas honoris,
vas caelestis gratiae;
ab aeterno vas provisum,
vas insigne, vas excisum
manu Sapientiae.

Salve, Verbi sacra Parens,
flos de spina, spina carens,
flos, spinetis gloria!
Nos spineti, nos peccati,
spina sumus cruentati,
sed tu spinae nescia.

Gauthier de Châtillon, autor de la "Alexandreis", historia fabulosa de la vida de Alejandro inspirada en Curcio Rufo, canta la decadencia de un mundo y una sociedad donde triunfan los vicios, se avergüenzan todos de la virtud y no piensan más que en el dinero:

Ecce torpet probitas,
virtus sepelitur,
fit iam pauca largitas,
parcitas largitur.
Verum vincit falsitas,
veritas mentitur.

Pero, al lado de este florecimiento de una lírica de sentido espiritual, brota, con ímpetu desencadenado, con sabor de parodia, con eco de bullanga y risas, la poesía de los "Carmina burana", las composiciones despreocupadas de los goliardos, errantes, aventureros y tabernarios, que constituye uno de los logros más destacados de esta lírica medieval.

Lo goliardos cantan la taberna, el juego, la vida desprecupada, el vino, y en sus estrofas resuena grotescamente, y con restallar de burlas, el eco de los más bellos himnos religiosos. No pasa, sin embargo, su malicia de una jubilosa afirmación de la vida temporal, sin que haya que dar demasiada importancia a su aparente frivolidad.

In taberna, quando sumus,
non curamus, quid sit humus,

comienza una de esas poesías, afirmando que allí, en la taberna:

ibi nullus timet mortem,
sed pro Bacchus mittunt sortem...

culminado en una enumeración llena de rapidez y de viveza:

Bibit hera, bibit herus,
bibit miles, bibit clerus,
bibit ille, bibit illa,
bibit servus cum ancilla,
bibit velox, bibit piger,
bibit albus, bibit niger,
bibit constans, bibit vagus,
bibit rudis, bibit magus,

Bibit pauper et aegrotus,
bibit exsul et ignotus,
bibit puer, bibit canus,
bibit praesul et decanus,
bibit soror, bibit frater,
bibit anus, bibit mater,
bibit ista, bibit ille,
bibunt centum, bibunt mille.

Termina, el himno paródico, con un anatema contra los censores de los tabernarios:

Qui nos rodunt confundantur
et cum iustis non scribantur.

Francisco SALVÁ MIQUEL

LAS RAZONES MORALES Y POLITICAS DE LA CRISIS INTERNACIONAL

La crisis internacional que en estos momentos está alcanzando puntos dramáticos, viene acentuando su curva ascendente desde comienzos de 1960, año que ha sido considerado como uno de los más dramáticos de la postguerra. En efecto en el año 1960 hemos asistido al retorno de la tensión internacional y a la "guerra fría", que desde 1956 parecía sustituida por una efectiva "coexistencia pacífica". Pero he aquí que en 1960 se producen algunos incidentes ruidosos como el derribo del avión espía "U-2" por parte de los soviets sobre su territorio, incidente que sirvió a Kruschef para torpedear en su inauguración la conferencia "cumbre" de París; sigue luego el drama del Congo y las medidas antinorteamericanas de Fidel Castro, asistido por la simpatía y la oferta de ayuda por parte de la Unión Soviética. Durante la Asamblea general de las Naciones Unidas en 1960, la agitación en torno a estos incidentes no hace más que aumentar la tensión. El nuevo precedente norteamericano Kennedy asume la jefatura de su gran país en plena crisis cubana; pero tiene que asistir impotente al fracaso lamentable de un intento de las fuerzas anticas-tristas para derribar a este satélite de Moscú, cada día más acentuadamente procomunista. Sigue todavía la crisis constante del Africa del Norte con la interminable guerra de Argel y las reivindicaciones tunecinas sobre Bicerta y por último, llegamos a la crisis de Berlín que señala el ápice máximo de la tensión. Aquí el hecho lo constituye la interrupción de las comunicaciones entre las dos zonas de la ciudad por parte de las autoridades comunistas y todavía, como si esto fuera poco, viene el anuncio soviético de reanudar las pruebas nucleares, tras de lo cual también los Estados Unidos anuncian su propó-

sito de continuar los ensayos de armas nucleares.

El intento de mediación de los países "no comprometidos" reunidos en Belgrado, no alivia en nada la tensión y todos los problemas en su fase de agudo dramatismo son transferidos a la nueva Asamblea de las Naciones Unidas reunida en Nueva York en la segunda quincena de septiembre.

En el momento de redactar esta información, los representantes de los distintos países en las Naciones Unidas se bombardean con propuestas de solución a los distintos problemas, que realmente no son más que interpretaciones parcialísimas y antagónicas de los mismos desde los particulares puntos de vista y con una marcada propensión propagandísticas. Ante el desconcierto y la confusión de tantas voces, es oportuno sentar el diagnóstico y el criterio moral sobre la crisis, tomándolo de la reciente encíclica "Mater et Magistra": "Así que las comunidades políticas, separadamente y con sus solas fuerzas, ya no tienen posibilidad de resolver adecuadamente sus mayores problemas en el ámbito propio; aunque se trate de comunidades que sobresalen por el elevado grado y difusión de su cultura, por el número y actividad de los ciudadanos, por la eficacia de sus sistemas económicos y por la extensión y riqueza de sus territorios. Las comunidades políticas se condicionan mutuamente y se puede afirmar que cada una logra su propio desarrollo contribuyendo al desarrollo de las demás. Por lo cual se impone la inteligencia y colaboración mutua".

Esta exactísima descripción de la crisis en sus últimas razones, remite a sus factores morales determinantes, que aparecen consignados en la misma encíclica pontificia: "La falta de confianza mutua — seguimos citando — halla su explicación

en el hecho de que los hombres, particularmente los más responsables, en el desenvolvimiento de su actividad se inspiran en concepciones de vida diferentes o radicalmente contrarias. En algunas de estas concepciones, desgraciadamente, no se reconoce la existencia del orden moral; orden trascendente, universal, absoluto, igual y valedero para todos. Con esto viene a faltar la posibilidad de tomar contacto y de entenderse plena y seguramente a la luz de una misma ley de justicia admitida y observada por todos. Es verdad que el término "justicia" y la expresión "exigencias de la justicia" siguen resonando en los labios de todos. Pero ese término o esa expresión "exigencias de la justicia" siguen resonando en los labios de todos. Pero ese término o esa expresión tiene en unos y en otros significados diversos o contrapuestos".

Las razones políticas inciden también en las morales

Al tratar este segundo punto en la doble vertiente de la moral y la política, no es ocioso el indicar que las Naciones Unidas son hijas primero de aquel gran masón, más sentimental que realista, que fue el presidente norteamericano Roosevelt. Durante el transcurso de la segunda guerra mundial llegó a obsesionarse con la idea de que había que evitar a toda costa una tercera guerra mundial.

Consolidaba en él esta preocupación el ver que la eventual tercera guerra mundial habría de disputarse en primer lugar entre los Estados Unidos y la Unión Soviética, como países hegemónicos de grupos más o menos numerosos de naciones y disponiendo unos y otros de armas devastadoras, entre las cuales Roosevelt conocía por los trabajos de sus técnicos, ya en fase avanzada, las asoladoras armas atómi-

cas. En este estado de espíritu y en tales condiciones pensó que para prevenir los desastres seguros habría que evitar a toda costa la agresión militar de una gran potencia y esto sólo podría conseguirse mediante la organización de una efectiva seguridad colectiva. Por otra parte, su mente "realista" le llevaba a postular que en todo caso era esencial para la paz del mundo la participación de la Unión Soviética en la nueva organización internacional encargada de la seguridad colectiva. Así postuló también que la alianza ruso-americana sería un pilar esencial de cualquier política internacional preventiva de la guerra. Para afianzarlo concertó diversos acuerdos bilaterales entre los dos países, llegando a abandonar bajo el poder de Moscú la mitad de Europa y a repartir entre Rusia y Estados Unidos al mundo en dos "esferas de influencia". Todavía Roosevelt quiso conceder a Moscú una prueba fehaciente de la sinceridad de su propósito de regencia bilateral de la política mundial, concediéndole a Rusia el derecho de "veto" que habría de servir para paralizar durante años toda la acción del organismo internacional en aquellos puntos en que sus decisiones no se conformarían con la política de las grandes potencias.

Para materializar estatutariamente este privilegio de las grandes potencias Roosevelt concibió la Organización de las Naciones Unidas como una asamblea mundial general que delega sus poderes en un Comité ejecutivo (el Consejo de Seguridad), encargado de vigilar la paz del mundo. En este Consejo los Estados Unidos y Rusia deberían, de hecho dirigir toda la política mundial. Es verdad que también fueron admitidas otras naciones como Inglaterra por su participación copiosa y efectiva contra Hitler. Lo fue igualmente Francia, quizás por su peso histórico, y no lo fue la China comunista, porque no interesaba demasiado a Stalin, quien quizá adivinó el inmenso poderío que esta potencia había de conseguir y los ineludibles conflictos de intereses que

habrían de enfrentarla con Rusia. En todo caso quedó bien establecido que el eje de toda la política internacional debía ser el mantenimiento de la amistad ruso-americana. Pero he aquí que al poco tiempo se comprobó que dos grandes potencias mundiales eran para Rusia "demasiadas potencias" y prefirió el Kremlin aislarse en una política de obstrucción, sirviéndose de la facultad de "veto" para bloquear la solución de todos los problemas internacionales importantes cuando se interferían intereses imperialistas o ideológicos de la Rusia comunista. Sólo gracias a la ausencia de Rusia del Consejo de Seguridad fue posible en 1950 la intervención de las Naciones Unidas en Corea. En esta ocasión fue la citada ausencia la que impidió que se perpetrara un crimen contra la Humanidad impunemente. Sin embargo, años más tarde la condenación unánime de la intervención rusa en Hungría, quizá porque entonces ya prevalecía en la conciencia norteamericana el principio rooseveltiano de evitar "a toda costa" un conflicto con Rusia. Las Naciones Unidas fueron estructuradas sobre el principio esencial de la colaboración ruso-americana. Ahora bien, como esta colaboración ha sido sustituida poco a poco por una oposición tenaz, la crisis de la política internacional prolonga indefinidamente su comprometedor y dramática tensión actual.

¿Por qué se ha operado el cambio, de la colaboración ruso-americana al antagonismo?

Las razones morales y políticas de esta sustitución ha sido ya apuntadas anteriormente; pero pueden todavía expresarse en otras fórmulas concretas. Los Estados Unidos y Rusia vienen arrastrando desde la época de Roosevelt una política de coincidencia sobre algunos prejuicios comunes. De estos el más eficaz ha sido quizá el del anticolonialismo. Rusia alimenta esta tendencia por su afán de conquista inteligente y bien organizada y los Estados Unidos la

orquestran por razones vagamente históricas y sentimentales, a las que quizá a última hora se ha agregado también una vaga esperanza de "neocolonialismo económico", que en estos momentos está amenazado de quiebra por la superior eficacia de la propaganda y del dinamismo ideológico del Kremlin. En todo caso las dos grandes potencias han coincidido siempre que se trataba de desmantelar a los grandes imperios coloniales; pero Rusia ha constituido esta acción procurando aislarse de sus colaboradores norteamericanos y pretextando siempre motivos muy distintos y menos interesados, aunque no lo fueran. Sobre todo el Kremlin está jugando maravillosamente con la amenaza de una "tercera guerra mundial", por donde viene a coincidir también con el principio rooseveltiano de evitar "a toda costa" cualquier conflicto o dificultad grave con Rusia. Y claro está, la "costa" suelen ser casi siempre los intereses de terceros países, con los que los Estados Unidos y Rusia se compensan y equilibran en el tácito acuerdo de la división del mundo en dos zonas de influencia.

Esta común preocupación anticolonialista ha viciado también toda la actuación de las Naciones Unidas, hasta que por último ha surgido como reflejo de defensa otro "anti", el "anticomunismo". La forzada necesidad norteamericana de situarse del lado del "anticomunismo" — todavía violentando la irresponsable condescendencia de Roosevelt —, ha hecho que como contrapeso toda la campaña "anticolonialista" aparezca hoy capitaneada por la Unión Soviética, que, naturalmente acepta todos los subsidios y refuerzos que para este fin puedan llegarle, sobre todo si proceden de los Estados Unidos. A imagen de estas dos tendencias todo organismo internacional se halla actualmente configurado en el esquema de bloques. En primer lugar está el bloque afroasiático constituido tras de la conferencia de Bandung y que le integran 48 naciones, en su mayor parte recientemente emancipadas y sobre las que

la Unión Soviética ejercita su maravillosa habilidad en utilizar todavía, aun siendo ya libres estas naciones, el prejuicio anticolonialista. Sigue el grupo latino-americano, integrado por veinte naciones, en el que a pesar de algunos fracasos recientes, los Estados Unidos ejercen influencia predominante. En tercer lugar el grupo soviético, con nueve naciones, férreamente vinculadas a Moscú y por último, 23 países independientes más algunos grandes ausentes como la China comunista y las escindidas Alemania, Corea y Viet-Nam. Con esta pluralidad de representaciones, el principio roos-

veltiano de la diarquía — Rusia-Estados Unidos — ha quebrado completamente y la acción más patente en el plano de la política internacional de las dos grandes potencias se ejerce en ganarse adeptos de los distintos bloques hacia el capitaneado por cada una de ellas, sirviendo al doble principio, aún vigente del “anticolonialismo” y “anticomunismo”.

Tras de esta somera descripción del panorama, se patentizan la corrección del diagnóstico y pronóstico dados por Su Santidad el Papa en su última encíclica. Queda en pie siempre que la falta de confianza mutua de las respectivas concepcio-

nes radica en que ni la una ni la otra reconoce plenamente la existencia del orden moral, trascendente, universal, absoluto, igual y valedero para todos. “Con esto viene a faltar la posibilidad de tomar contacto y de entenderse plena y seguramente a la luz de una misma ley de justicia admitida y observada por todos”. Por lamentable que sea, me parece forzoso terminar con esta angustiosa nota de pesimismo en cuanto a las perspectivas de que la actual Asamblea de las Naciones Unidas pueda resolver la crisis internacional al que hoy tiene al mundo en angustias de muerte.

JESÚS SÁINZ MAZPULE

PUBLICACIONES CRISTIANDAD

Diputación, 302 - Teléfono 222 24 46 - BARCELONA (España) - Lauria, 15 - Teléfono 221 27 75

REVOLUCION Y CONTRARREVOLUCION, por el Prof. Plinio Corrêa de Oliveira Ptas. 25

LOURDES VISTO POR UN MEDICO, por el Dr. Trino Maciá Pons.

112 págs. tamaño 19 × 13,5, con vistosa portada Ptas. 25

ACTUALIDAD DE LA IDEA DE CRISTO REY, por Redactores de “Cristiandad”. Prólogo del Excmo. y Rvdm. Sr. Arzobispo-Obispo de Barcelona. 144 págs., tamaño 18 × 13.

Edición con los grabados de S. S. León XIII, Pío XI y Pío XII. Ptas. 15

AL REINO DE CRISTO POR LA DEVOCION A SU SAGRADO CORAZON. Documentos Pontificios. “Annum Sacrum” y “Tamentsi futura”, de León XIII; “Ubi Arcano”, “Quas Primas” y “Miserentissimus Redemptor”, de Pío XI, y “Summi Pontificatus”, de Pío XII. Prólogo, introducción y notas del P. Hilario Marín, S. I. 446 y 276 páginas, tamaño 18,5 × 14.

Edición latino-castellana Ptas. 45
" castellana " 30

EMISARIA DE CRISTO REY. Vida de Sor María del Divino Corazón, por el Rvdo. Luis Chasle, Pbro. Prólogo del P. Ramón Orlandis, S. I.

306 páginas, tamaño 18,5 × 14 Ptas. 30

SOBERANIA SOCIAL DE JESUCRISTO, por el P. Enrique Ramière, S. I. Traducida por el Dr. José Morgades y Gili, Obispo de Vich. Barcelona. Nueva edición revisada.

248 páginas, tamaño 18,5 × 14 Ptas. 30

¿SABES DESDE CUANDO NOS AMAN LOS CORAZONES DE JESUS Y DE MARIA?, por M. L. Suñé. Con más de 80 ilustraciones de Ignacio M.^a Serra Goday y 4 láminas fuera del texto. Edición a 2 tintas.

116 páginas, tamaño 18,5 × 14. Portada a cuatro colores. Ptas. 21

LA CONJURA REVOLUCIONARIA DEL 14 DE ABRIL, por José Oriol Cuffi Canadell y Pablo López Castellote. Prólogo del Excmo. Sr. Conde de Salces de Ebro.

84 páginas, tamaño 19 × 13,5 Ptas. 15

¿ESPIRITUALIDAD NUEVA?, por el Excmo. y Rvdm. doctor D. Vicente Enrique y Tarancón, Obispo de Solsona y Secretario del Episcopado Español.

142 páginas, tamaño 19 × 13,5 Ptas. 25

EL LIBERALISMO ES PECADO, por el Dr. Sardá y Salvany, publicado por “Cristiandad” en colaboración con Ed. Ramón Casals.

145 páginas, tamaño 13,5 × 18,5 Ptas. 30

ANTICLERICALISMO DIA TRAS DIA, en torno a Aranguren y la autocrítica, por el Rvdo. José Ricart Torrens, de la Comisión diocesana de prensa, radio y publicaciones de Barcelona. Prólogo del Excmo. Sr. Dr. don José Pont y Gol, Obispo de Segorbe.

142 páginas, tamaño 19 × 13,5 Ptas. 25

ENCRUJADA, Jaime Balmes - Carlos Marx, por Fernando de Segarra y de Castellarnau.

142 páginas, tamaño 19 × 13,5 Ptas. 25

LA CRUZADA DE OCCIDENTE, escritos políticos, por Eduardo Conde. Prólogo del P. Ramón Orlandis, S. I.

336. páginas, tamaño 18 × 13 Ptas. 50

¿QUE ES EL COMUNISMO?, traducción del opúsculo publicado en París por el “Comité d'études sociales et doctrinales”.

48 páginas, tamaño 16,5 × 12 Ptas. 4

PANAYA KAPULU, la casa de la Santísima Virgen en Efeso. Guía publicada con la bendición y aprobación del Excmo. Dr. D. José Descuffi, Arzobispo de Esmirna y Administrador Apostólico de Asia Menor. Contiene varios grabados y planos de la casa de Efeso.

24 páginas, tamaño 16,5 × 12 Ptas. 5

ANUARIO DE DOCUMENTOS PONTIFICIOS, colección de cartas, discursos y exhortaciones y mensajes de S. S. Pío XII. Publicados los años 1952, 1953, 1954 y 1955.

350 páginas, con índices completísimos, tamaño 23 × 16. Ptas. 65

SAN PIO X, por Jerónimo Dal-Gal, O. F. M. Conv. Segunda edición. Edición con numerosas fotografías y grabados del Santo. Dist. Herder.

374 págs., tamaño 24 × 17, ed. rústica Ptas. 120
Encuadernado en tela " 150

LA ESCALA DE LOS SERES o el dinamismo de la perfección, por el Dr. Jaime Bofill y Bofill, catedrático de Metafísica de la Universidad de Barcelona.

274 págs., tam. 24 × 16, ed. rústica Ptas. 65
Encuadernado en tela " 75

CRISTIANISMO Y REVOLUCION. Los orígenes románticos del catolicismo de izquierdas, por el Dr. Francisco Canals Vidal, catedrático de Filosofía.

196 págs., tamaño 21,5 × 15,5 Ptas. 60

RAMON ORLANDIS, S. I. (1873-1958), fundador y director de “Schola Cordis Iesu”. Esbozo de su vida y su obra, por redactores de “Cristiandad”.

56 páginas, con numerosos grabados, tamaño 22 × 28, edición a tres tintas Ptas. 25



CRISTIANDAD

REDACCION: Lauria, 15, 3.º - Telf. 221 27 75

ADMINISTRACION: Diputación, 302, 2.º - Telf. 222 24 46

Suscripción anual: 150 ptas.

Precio de este núm.: 12 ptas.